

**Pedro Granados**

**UN CHIN DE AMOR**

**Prepucio carmesí**

3

**Un chin de amor**

71

## **PREPUCIO CARMESI**

Y si no ha de ser bonita la vida,

que se lo coman todo.

César Vallejo, *Contra el secreto profesional*

“Recién me conocés y ya me la querés meter por el orto”. De algunas de estas frases-historias hubo de ser testigo, sobre su colchón madrileño, Juvenal Agüero. Aquélla, era una pebeta --una probeta en tamaño-- con un culo extraordinariamente arrobador, carnosos, contundente. Nalgas de vidriera, más bien pueblerina, que se las gastaba de pertenecer a lo más selecto del underground de Buenos Aires. Pero Juvenal no conocía aún esta ciudad, y sólo años después, en una fugaz visita, husmearía los alrededores de su Luna Park buscando algún alojamiento barato.

Ambos, junto con otros hispanoamericanos (incluidos Las Filipinas y el Brasil), gozaban y padecían una beca otorgada por el gobierno español. Estaban en la península, carajo, de puro brutos, hacinados por efecto de lo eximio de su dinero; amurallados, muy lejos, de la ya para siempre desamurallada ciudad de Madrid. Corría el año 1988, pero la invasión del Africa no era tan elocuente todavía. La primera impresión que tuvo Juvenal, limeño y de uno de esos barrios populares en que para nada se siente la presencia del mar, fue la de encontrarse en un Miraflores gigante; después, luego de mirar mejor las principales avenidas y los antiguos edificios, corrigió: un lugar lleno de miraflores riquísimas, nada más. En ese momento, al lugar aún no lo podía observar en su propio fuero interno, en sus desconcertadas dendritas de lo semejante; eso sí, Madrid lo mantenía literalmente excitado, por no decir arrecho. La arrechura era su rosa de los vientos; la belleza, su invisible brújula. ¡Cuánta belleza, bendito Dios!, decía para sus adentros. ¡Cuánta mujer distinguida y amable! ¡Cuánta agraciada y tan sencilla muchacha!

Es muy lógico que lo primero que le llamara la atención fuera este descubrimiento. Venía del Perú, esto nunca debemos olvidarlo, donde es muy dura la vida (ya se nos entiende). Qué maldición lo llevó a nacer en Lima, lugar de mujeres tan feas, feas por la mala leche, por la mala simiente del racismo, por el gesto de asco que engendra la conciencia de la propia miseria, el pánico a la propia miseria. Las chicas de Madrid le parecieron a Juvenal, en aquella época, seres desenmascarados, regalos fuera de su caja, juguetes abiertos para el unánime y necesarísimo esparcimiento. ¡Qué ingenuo era Juvenal! Aunque, a veces, se ponía nostálgico y peruano, muy peruano. Mas, él también poseía una especie de jale, para qué vamos a negarlo; un poder de atracción que lo favorecía desde pequeño; poder de atracción, digamos, paradójico: cuando se sentía el más frágil, era el más fuerte; cuando se sentía el más fuerte, era el más ridículamente frágil.

Juvenal reparaba siempre, sin querer, en la importancia de las frases-historias de sus zozobrantos amores; leía en ellas, y la mayoría de las veces les huía, otras veces --las frases, las novias-- huían de él también. En las palabras de aquella succulenta porteña leyó, vio más bien, una gitana experta, una compacta y contundente aplanadora de asfalto, y le secó la pluma, le apagó la bocina. La chiquitica, por su lado, se emputó y sacando a relucir su genio, de entre lo más graneado de los arrabales de gran Buenos Aires, se puso a culear con el vecino del limeño; mejor dicho, en la habitación próxima a la de Juvenal, con uno de sus *rommates*, un acicalado joven profesor de español y ex-miembro, parecía en activo, de las fuerzas de choque del que fuera presidente de Chile, general Augusto Pinochet.

El peruano no la pasó muy bien en aquella casa, sumado a sus dos circunstanciales e inevitables compañeros de piso --razones de economía y urgencia de encontrar un lugar donde vivir-- le pareció que aquel apartamento no le traía buena suerte; después de la chiquitica, estuvo en veda una larga temporada, larga para aquél al que le había impresionado de tal manera la belleza de Madrid. Se puso de lo peor, duro y huraño, pobre ya lo era, y no le goteó por muchas semanas hasta que conoció a Manoli. Hasta que se enamoró de Manoli.

nadie es feliz. una cremallera aprisiona tu prepucio infantil. olores de oso, los tuyos, de perezosas arañas, de hormigas sorprendidas apelotonadas, y con la cabeza gacha, al interior mismo de sus galerías. añoras la concha, el estuche, la vaina. eres sistemáticamente violado por la intemperie. nadie es feliz, carajo. cien son las prohibiciones y mil las limitaciones. dos mil son nuestras penas. sin embargo, eres un ángel y no lo sabes; un niño aún, y lo ignoras. sientes que estás como abandonado, y entonces corres detrás de la amistad, persigues infatigablemente la compañía. -Lucho no sale a jugar, está haciendo sus tareas. frente a la casa de Angélica, ni preguntar. y tu jugando vanamente con una pelota de jebe contra los muros, botes. entre los muros. tuya es el hambre y la inocencia. tuya también la curiosidad. ¡qué coro de ángeles atormentados son todos!, eso piensas, y quisieras no pensar, no recordar, nunca traficar más con lo humano. añoras la vaina, la concha, la madriguera. tu genitalidad precoz, sin embargo, te atrae irresistiblemente hacia tus semejantes. a los siete años ya has dormido con más de una mujer, has robado, has sido descubierto, se te ha dictado sentencia. sin embargo no estás en una cárcel. a pesar de lo malo, cruel e inconsciente que eres no estás en una cárcel. y juegas libre con tus arañas: en cautiverio las alimentas y las haces pelear hasta que sólo una de ellas queda viva. has robado y sabes que a tus padres los has puesto más viejos y más tristes, a tus hermanos más desamparados todavía. todo esto lo sospechas, lo sabes ya a tus siete años. como el olor de Marcela que salta en calzón y con todos sus bucles sobre una cama amplísima y mágica para tí; como las hermanitas mayores de Marcela que literalmente te dan a pelliscar, a besar sus culos en una ronda de nunca acabar, del piso --el de aquel dormitorio que no es el tuyo-- a aquella tan espaciosa cama. eres un ladrón, los cincuenta soles aunque no los cogiste para ti, los robaste. eres



un ladrón, entonces, y un huele culos. añoras la vaina, el estuche, la madriguera. sólo tus moscas, tus hormigas y tus arañas te otorgan algo de consuelo, te hacen furtivamente feliz. un niño no eres, entonces, aunque a la maestra sonrías como un infante, y te hayan premiado en tu escuelita por haber enseñado a escribir AGUA correctamente a todos tus compañeros, AGUA sobre la pizarra y en tiza blanca, AGUA sobre los ojos de todos aquellos niños que escribían AHUA, AUA, HAGUA, etc. letras que no te dicen mayormente nada porque para ti son mucho más elocuentes las sensaciones que sientes sobre tu carnoso prepucio, y las moscas brillantes y acorazadas que has aprendido --nadie te lo cree- a hipnotizar, a ensartar con una aguja y tener patitas arriba, y contemplarlas volar poco después como si absolutamente nada hubiera sucedido. no eres un niño, carajo. en este mundo nadie es feliz. por eso adoras sorprender sonriendo a tus padres, aunque sea a cada uno por separado, pero sonriendo. botes mucho más largos y espaciados los que atinas a dar ahora con esta pelota. el prepucio te duele para siempre.

No fue nada fácil la vida académica para Juvenal Agüero. Atrapado para siempre en su prepucio, vio pasar los cursos escolares como se observan --desde la orilla-- algunos buques lejanos. Entró a la primaria de pura casualidad; es decir, en cuanto sus padres o más bien sus hermanos mayores se acordaron de que ya tenía edad, más que suficiente, para ir al colegio. A los siete años, entonces, pisó por primera vez la escuela. Asistía a un colegio fiscal, a tres cuadras de su casa, donde lo que más le gustaba era el concurrido desayuno: jarro de avena con leche, un pan francés y una cápsula blanda de aceite de hígado de bacalao. A pesar que nunca estudiaba, siempre pensó que no le iba tan mal en la escuela porque se tragaba religiosamente aquella cápsula. Los otros muchachos la echaban al basurero, jugaban con ella hasta reventársela en la boca y luego, asqueados por el sabor, la escupían en cualquier parte, algunas veces hasta sobre el uniforme kaki de algún desprevenido compañero. Todos eran pobres como él, mal alimentados como él; pero, no sabía que tan sucios como él hasta que una profesora, a la cual el hedor del salón producía arcadas evidentes, ordenó a todos lavarse los pies en el patio. Fue una inenarrable vergüenza para Juvenal, su primera gran lección de humildad, observarse tan mugroso como los otros: desde el grandulón que, aún no podía saberlo, iba a ser de adulto miembro de la Benemérita Guardia Civil del Perú; hasta el más chiquitín que, desde ya, era un muy osado y astutísimo ladrón. Todos pobres y mal alimentados y cochinos en su escuelita que no alcanzaba sino hasta el tercer grado de la primaria. Y todos infelices, un coro de ángeles triste y disperso, y otra vez triste.

Juvenal era el único blanquiñoso entre sus compañeros, *almost white* le espetarían un día, en tono de burla, cuando años después le tocara vivir en los Estados Unidos. Su padre le llevaba cincuentaicinco años y su madre cuarenta; ambos, serranos bilingües, se

habían conocido en Lima y habían procreado una prole numerosa. Juvenal era el último de ocho hermanos: tres fallecidos prematuramente, y otros cuatro que también como él llevaban nombres tomados del enciclopédico santoral. Sus padres siempre hablaron castellano con él, por eso es que Juvenal nunca aprendió el quechua. Limeño de primera generación, como sus demás hermanos, siempre vivió de cara a la costa; la sierra no existía más allá que en el cerro y la vicuña de su escudo patrio. No se percataba aún, a pesar que tenía ya los siete años cumplidos, que su salón de clases era el mismísimo Perú, el más profundo, igual a la vicuña y al cerro bordados en el escudo patrio que lucía en su humilde plantel.

Juvenal nunca entenderá, imantado como estaba a su prepucio, de qué manera continuó en aquella escuela aprendiendo sobre la pizarra a escribir derecho; ni cómo entró, para el cuarto grado de primaria, al colegio donde asimismo quedaba la principal iglesia del barrio. Nuestra Señora de los Desamparados era el altisonante nombre de esta escuela; colegio de jesuitas en pleno corazón de Breña. Juvenal se adaptó o desapareció en medio del grupo hasta que, ya a los quince años, tuvo su primera enamorada en serio, Margarita.

Juvenal Agüero conoció a Manoli sobre las calles de la ciudad de Granada, la tarde del tres de Junio de 1988, en plena celebración de la fiesta del Corpus Cristi. El tenía trentaitrés años, ella veinte. Valgan verdades, en comparación de lo que sería después, no era una gran cosa Manoli. Eso sí, lo que deslumbró inmediatamente al peruano fue su simpatía y su pelo; en sandalias y llevando pantalones holgados no dejaba vislumbrar sino algo de su bellísima silueta. Aquél día, sin embargo, se trataron apenas unos pocos minutos: el trayecto en ómnibus desde el conglomerado de gente hasta una calle vecina a la de ella. Manoli hablaba y él la contemplaba, la miraba desde su frente, desde su tórax, desde el alegre carrusel en que se había convertido su corazón. Ella lo miraba a él desde sus ojos negros y su boca pequeña, desde su nuca que se perdía sobre las calles mientras él permanecía atento en el autobús; desde su alborotadísimo cabello.

La relación casi por un par de años fue de estricto carácter epistolar, ella le escribía cualquier cosa, de todo, pero de un modo harto púdico. Pegaba *stickers* multicolores sobre sus cartas: animalitos diversos, lemas fosforescentes, corazoncitos de postal. El controlaba de decirle sus angustias y sus no menos hondas penas. Limeño sufriente, peruano sufriente, Juvenal no tenía en ese momento dónde caerse muerto. Había aterrizado en el J.F. Kennedy procedente de Barajas; su beca en Madrid había concluido y se vino a Manhattan por invitación de uno de sus mejores amigos, un ex-estudiante de Humanidades de la Universidad Católica que vendía artesanía peruana, los fines de semana, en un concurrido *flee market* de Nueva York. Su visa se la habían tramitado desde la embajada del Perú en Madrid como agradecimiento a su apoyo en la celebración del cincuentenario de la muerte de César Vallejo; hubo un recital de poesía, exposición de fotos y algunas conferencias en El Ateneo. Así que, desde uno de los

bordes del Harlem hispano en Manhattan, Juvenal escribía y, a veces, incluso llamaba a Manoli; estas conferencias, en realidad, eran para él silencios robados a la más ruidosa incertidumbre, a la más estridente zozobra. Lo único que existía para el peruano en el mundo era Manoli, pero él se encargó de enterrar esto muy adentro, ocultarlo a los curiosos e incluso a los que se decían amigos y, sobre todo, no confesárselo a la propia Manoli; él creía imposible que una niña pija, como era el caso de esta maravillosa granadina, pudiese entenderlo de verdad.

Sin embargo, aunque él aún no lo sabía, jugado ya como estaba a ser un sobreviviente y con su suerte echada, al mes de llegar a los EE.UU. encontró trabajo en la universidad de Cornell. Tres poemarios suyos, que no imaginaba figurasen en una biblioteca de Ithaca, y su curso de Madrid animaron a la administración de Cornell a confiarle aquel trabajo. En realidad, en la cristalización de esto --aparte de la solidaridad y simpatía que le deparó desde el principio, quien luego fuera gran amigo suyo, profesor Jonathan Tittler-- se unieron dos imperiosas necesidades: la de nuestro conocido sobreviviente, y la de un curso académico avanzado ya en casi tres semanas y del que ninguno de los profesores de planta quería hacerse cargo. Era un curso para *undergraduates* que --aparte de su seminario para graduados-- Giovanni Alegria debía dictar, y que lo hacía ya por una semana antes de sufrir una grave crisis de salud que poco después lo llevaría a la muerte. Sin una pizca de verdadero inglés, entonces, Juvenal Agüero tuvo que atravesar la frontera con el Canadá e irse a Toronto para cambiar su tipo de visado. De regreso a Ithaca, reconoció en Buffalo el hotelito que, en la noche y a tientas, tuvo que buscar para pernoctar en esa frontera --ningún peruano las pasa impunemente--, lo que desencadenó escribiera el siguiente poema:

Estoy en Main Street, Buffalo,  
persiguiendo un sueño por la vía del tranvía.  
Frente a mí los edificios son juguetes  
que han olvidado de guardar.  
Todo está en calma.  
Nada es imposible.  
Mi vida podría cambiar con una sonrisa  
a la luna.  
Estos son los últimos acontecimientos:  
ya soy lector de Cornell University,  
y ahora viene con los ojos muy juntos el tranvía.  
También puedo llorar con los últimos acontecimientos.  
Pero mejor es sonreír,  
hasta que se queme la última bombilla  
de este jirón infinito,  
hasta que recojan esta despensa  
de vivos colores.  
Mi vida podría cambiar con una sonrisa.

Por lo demás, a pesar de ser entre los profesores de Cornell la última rueda del coche, ahorró y pudo ir en busca de Manoli. Se encontraron en un café, se dijeron cosas más bien frías y estúpidas; pero la muchacha que tenía enfrente iba a ser también la maravillosa mujer de futuros encuentros. El temblor fue la marca que él dejó en el alma de ella, el primer temblor. Y esto los une hasta el día de hoy, aunque él siga rodando por

ahí y ella haya cumplido ya sus treinta primeros años y sea, entre todas las mujeres de sexo femenino en el universo, de sobra la más hermosa.

## **Para Rosa**

No fue un amor a primera vista. Digamos que él era una piedra intrusa sobre el asfalto nuevo. Podía ser arremetida por algún neumático; podía ser recogida por cualquier prudente, o rechazada por un odiador de piedras. Lo cierto es que él tenía el brillo de las piedras, ese brillo.

Ella es bella, y en ese tiempo lo era más todavía; pero no fue un amor a primera vista. Digamos que ella era tierna y olorosa como el lodo, empleando una imagen cercana. Y esto es lo paradójico de toda la historia, ¿qué pasa cuando la piedra y el lodo se encuentran? Literalmente, él se adosó y se sumergió, y ella lo tragó y lo fue tragando como sólo ella podía hacerlo.

¿Qué sucedió después? o ¿qué ocurre ahora? No lo sé. Sólo escucho el estrépito de los autos, sólo siento el vibrar de esta masa resinosa debajo de mí, y percibo las voces, algunas fugaces voces. Estoy ciego, con una costra dura que me cubre todo el cuerpo, y casi sin poder respirar.



Margarita era dos años menor que Juvenal, y estudiaba en el turno de tarde del colegio nacional Rosa de Santa María. Recontra aventajada para sus trece años; acicaladísima, sabía escuchar y le gustaba, como se estilaba entre las parejas de adultos, que Juvenal la llevara ceremoniosamente del brazo. El le cayó, así se decía entonces cuando uno se le declaraba a una chica, a la salida de la misa de siete en Nuestra Señora de los Desamparados. Atolondrados, de tanto buscar un lugar propicio, terminaron besándose al lado de un basural maloliente. Besos secos, como cuando uno resbala en el borde de un hoyo, de un ensimismado acantilado. Margarita era una de las chicas más bonitas de Breña; Juvenal se asustó, ella diríase que se enamoró. De un momento a otro, ella dijo a nuestro amigo:

- Ayer hablé con mis padres, ya puedes visitar mi casa.

El quinceañero no la vio por unas dos semanas; mas, cuando por fin se animó a visitarla era ya demasiado tarde, Margarita paseaba oronda al lado de otro muchacho, mayor y de apariencia menos inocente que la de Juvenal. La crisis fue grande y también el desconcierto; sin embargo, Juvenal sobrevivió al tercer grado de secundaria sin la compañía de ella, aquella avejentada muchacha que apenas había cumplido sus trece. Y también sobrevivieron con él algunos de sus primeros poemas, los cuales su joven profesor de literatura, tras escuchárselos leer en la clase, atribuyó al Inca Pachacútec. Versos muy tristes eran aquellos, muy tristes y también muy cursis; en realidad, el trauma del anonimato era el tema recurrente en aquellos poemas, y no precisamente el desamor. Además, justo hacia el final de aquel 1970, Juvenal había nacido el 9 de Marzo de 1955, experimentó algo que podemos denominar un decisivo encuentro con el Padre. Poesía y mística, entonces, y neurosis y muy poco dinero eran la plataforma desde la cual se

orientaba en su reducido mundo. La propaganda política, de tan singular gobierno militar que por ese entonces había en el Perú, no llegaba a seducirlo porque carecía de conciencia civil. “Campesino, el patrón no comerá más de tu pobreza”, u otros *slogans* por el estilo que aparecían en el mismísimo El Comercio, llamaban positivamente su atención, digamos, su interna solidaridad, pero nunca trascendían más allá de eso.

Por lo demás, Juvenal Agüero era un adolescente que nunca se quedaba a la intemperie a la hora incierta en que se hacía la noche; prefería, a la salida del colegio, regresar directamente a su casa y tomar su lonche (de *lunch*, mas merienda vespertina). No recuerda haber conversado alguna vez con su padre, que introspectivo fumaba y fumaba hasta que literalmente desaparecía dentro del humo; ni con su madre, que a esa hora casi siempre buscaba su velo para irse a la Iglesia. Así que, después de masticar cualquier bocado, salía a caminar por los alrededores de su casa y de su colegio. Chacra Colorada, zona del distrito de Breña en que vivió hasta los veinte años, era en realidad un solo gran corredor dividido en muchas calles y en muy pocas avenidas; todo oscuro y húmedo en el invierno, y en el verano igual de terriblemente mal iluminado. Lo que se salvaba en sus solitarias caminatas eran los rostros, las miradas que él no se cansaba íntimamente de atesorar, de celebrar; es precisamente en uno de estos paseos nocturnos donde había conocido a Margarita.

Mas, lo que al fin y al cabo socializó a este muchacho fue el fulbito. Empezó por jugarlo muy mal; en su barrio y en la escuela lo escogían en los equipos siempre como última alternativa. No tenía cintura; falto de reflejos, lo amagaban y con facilidad caía en la trampa, y terminaban haciéndole camotito. Con mala leche, a veces, se burlaban del blanquiñoso, y éste tenía que fajarse a punta de puñetes y patadones. Lloraba mientras se

sacaba la mierda con los burlones; era un problema, los otros vencidos o abollados muchas veces y él bañado en lágrimas, el resto de los muchachos nunca supo si felicitarlo, considerándolo un ganador, o si consolarlo dándolo por perdedor. Sin embargo, poco a poco, llegó a dominar lo esencial del fulbito que es el ritmo y la confianza propia, y la alegría. Es más, hacia sus dieciocho años jugaba literalmente a voluntad; arrancaba desde su propio arco si quería y, después de sembrar sobre el asfalto a todos sus adversarios --incluido al siempre improvisado arquero--, hundía la pelota en la red rival. Amasada la bola, cimbreante sus muslos, el esférico pendulaba a gusto entre sus pies ligeros; conoció algunos instantes de éxtasis y de gloria, pero nunca entendió lo que era un juego de competencia. Se concentraba en los amistosos, pero en los partidos serios se cagaba de la risa. Era una risa incontenible; algunas veces, flojas las piernas, chuecas de tanto reirse, tenía que abandonar allí mismo el campo de juego. Sus demás compañeros ya lo conocían, aunque siempre desearon fuese de una vez por todas la última vez; mas allí estaban de nuevo mentándole la madre --con sus facciones tensas y los ojos desorbitados--mientras veían que el equipo rival les caía encima, los maniataba, los arrinconaba y, como si no fuera poco, contundentemente los goleaba. Sin embargo, al partido siguiente, Juvenal Agüero siempre se resarcía, y Beta y Alejandro y Renato, y tantos otros compañeros, disfrutaban otra vez con sus pases hechos como con la mano, de sus corridas vertiginosas con pelota dominada contra el arco rival, de su ubicación siempre privilegiada y oportuna durante todo el trámite del partido, de su pasión desbordante que alimentaba la moral del equipo, de su trabajo duro y, muchas veces, muy poco vistoso aguantando al rival allí donde había que hacerlo, desde la línea que divide el mediocampo enemigo para adelante.

Entre los jugadores peruanos, admiraba la guapeza de Roberto Challe y la inteligencia de César Cueto, el “Poeta de la zurda”; atesoraba dos escenas que, tal como el juego de este último, emergían de pronto de su memoria del modo más inesperado, eran dos auténticas epifanías: un pase de casi setenta metros, perfectamente elíptico, para que el “Ciego” Oblitas pegara la corrida y metiera el gol con el que el Perú ganó a Francia en el Parque de los Príncipes en la antesala del Mundial de Italia en 1986; la otra, el “Poeta de la zurda” pasando con pelota dominada a través de un túnel de argentinos manolargas para servir en el vacío, frente al área chica del arco contrario, una pelota que recogió como una luz “Patrulla” Barbadillo, descolocó al arquero, infló la red y dejó completamente muda a la hinchada celeste que abarrotaba --en un partido trascendental para ambos equipos, y que empató Maradona en el último minuto-- el monumental estadio de River Plate. Pero, eso sí, a pesar de sus muchos goles y hartísimas fotos en la prensa local e internacional, nunca lo terminó de convencer el “Nene” Teófilo Cubillas. Como algunos escritores que ya son profesionales desde chiquititos y van acaparando todos los premios, así le pareció siempre el juego del moreno del Alianza Lima (¡Alianza corazón!); disciplinado y prudente, fácilmente se hizo al gusto de los que alaban la profesionalidad --que al final es sólo purita prudencia-- y hoy por hoy, por supuesto, aquel zambito del equipo afincado en el barrio de La Victoria es lo que es en los Estados Unidos de Norteamérica. A Juvenal mucho más le gustó el juego del “Cholo” Hugo Sotil, que siempre enfiló hacia el arco contrario como si llamaran para comer. Serrano de origen, de modo análogo a lo que sucedió en Chimbote durante el boom de la pesca con los que --desde diversos puntos de los andes-- bajaban hasta este puerto buscando alguna colocación, se hizo patrón de lancha al día siguiente de haber aprendido, sujeto a un cable

por la cintura, a nadar por lo menos sus tres brazadas. Es decir, a costa de punche y de sentimiento, aparte de su enorme talento para hacer lo que quería con la pelota, Sotil se metió en el bolsillo a todos los públicos. Los entendidos, al principio, no le aceptaban tantísimo chiche; acostumbrados a la marinera o, máximo, a la zandunga, no entendían para nada aquel endiablado baile que más tenía de fuga de huaylas o de embestida de borracho; mas, el “Cholo” Hugo Sotil fue también observando a los otros jugadores, refinándose, y sin perder para nada la esencia de su estilo --de por sí, pícaro y valiente -- fue gloria en el Barsa y, ahorita mismo, lo único que al grueso de los catalanes anima para hablar alguna vez bien sobre el Perú.

.

### **Ese mediodía invernal**

Ahora, por fin, el poeta quiere una mujer de carne y hueso. Y Dolly está feliz; lo presentía desde hace algunos meses. Por el momento bastará estar fresquita, ceñirse la chuchita, lo más que se pueda, con el Levi's azul, y hablar como una chica progresista -- pero sin exageraciones por eso de la femineidad...

El poeta caerá en cualquier momento a exhibir su soledad en la cafetería, a apoderarse de algunos senos que barajará en una metáfora (A pesar de todo/ tus pechos no desdican del mar/ son lo único que vive en esta ciudad...). Total, él hace mucho que tiene los siete años y ya peca.

A Dolly siempre le gustaron los poetas, allá desde el primer rubor y su preocupación excesiva por la higiene. Prefería “las naranjas mandarinas, las uvas moscateles, todas de ámbar, los higos morados con su cristalina gotita de miel”. Pero a los de San Marcos siempre los miró con desconfianza; ella, no entendía el ajiaco de cayhua en el almuerzo, las lunas siempre rotas, las carteritas imitación cuero, la rampa recaminada, los vendedores ambulantes, los granos y la baja estatura de los poetas. Aunque había por ahí uno que la pretendía enamorar con eso de invitarla a su casa en Pimentel, además tenía un Mini-Minor y toda la utilería de un intelectual: lentes sin marco, saco sport, blue-jean desteñido, una bufanda de alpaca y, ocasionalmente, una pipa de cedro y plástico. Pero Dolly era inteligente, no se dejaba impresionar con utilería alguna; sabía perfectamente quienes enrumbaban hacia Miraflores y quienes... ¡no sé dónde diablos se irían!

Efectivamente, el poeta ya abrazaba en sus ojos las mesas de la cafetería; evadió algunos saludos y los otros fue inevitable responderlos. Por último se colocó en un

ángulo estratégico, entre un par de ventanas cerradas... Ese mediodía invernal, como todos los que se suceden en la Universidad Católica, tenía su fuerte dosis de ficción: rostros, cursos, sentimientos se veían a través del carboncillo del cielo, a través del colapiz propio de todo edificio nuevo. Dolly se percató de inmediato, improvisó unas nalgaditas al comprar un té y un par de biscotelas en el mostrador, se acercó a la mesa del poeta y, por Rita --una amiga común a ambos-- ya se sonreía con el poeta, “se adoraron”, y le comentaba hasta sus primeros versos, aquellos que el poeta dedicara a la Virgen cuando era estudiante del colegio inglés...

Así, pues, Dolly y el poeta se amaron desmesuradamente, se dejaron de devaneos bohemios: nada ya de ir al barcito del centro de Lima. Total, ya estaban cayendo espesos los negros de mierda, esos, de la Hermandad de Nuestra Señora del Carmen, que se venían a chupar, con detente y todo a la salida de sus asambleas. Ella eligió la facultad de Literatura; a ambos les entró una pasión repentina por la lingüística; y juntos se dedicaron hasta a la actividad política, haciendo cruzadas hacia los pueblos jóvenes, no perdiéndose ninguna película de Eisenstein, leyendo a Trotsky, luciendo los dedos manchados con la tinta del mimeógrafo...

De vez en cuando en el circuito de la Herradura, según las malas lenguas, un poeta se dopaba en su auto... al muro, al mar, a las estrellas... Y dicen que era él.

Este es el primer y único relato que Juvenal Agüero escribiera estando ya algunos años en la universidad. Se disfrazó, claro, tomó de aquí y de allá ciertos elementos, los seleccionó y los estructuró según los dictados, sobre todo, de su mirada y de su corazón. Corría el año 1978 y la recepción de su cuento no estuvo mal, el Centro Federado de

Estudios Generales Letras lo apoyó y le organizó el recital. Melenudos muchachos de izquierda vieron en él, al menos por una fracción de segundo, algo así como un vocero, alguien que de alguna manera le tomaba el pulso al momento histórico, económico, social, váyase a saber lo que aquellos estudiantes finalmente conjeturaban. Ingenuos muchachos, Juvenal Agüero no pensaba sino desde su adolorido prepucio; aunque para no decepcionarlos, y de todo corazón, leía y articulaba algunas palabras que llamaban positivamente la atención de todos ellos. Su recital, por tanto, tuvo un marco multitudinario: cincuenta personas apiñadas en una sala donde no entraban más de treinta. Leyó con ahínco y auténtico desamparo, indiferente a la chimenea de los cigarrillos, a la puerta que a su lado se abría a cada instante para dejar ingresar una persona más. Y deslumbró a una bella muchacha --después muy distinguida fotógrafa-- que siempre le coqueteó, pero nunca se le entregó; pertenecía ésta, leyendo a Carlos Malpica lo supo luego, a una familia de las que figuran en la nómina de las que, hoy por hoy incluso, continúan siendo las dueñas del Perú.

Sus años en la Universidad Católica fueron los de una cabal ignorancia de todo, los de un dramático paso del mito al logos, de las costumbres tácitas de la pequeña tribu a las del complicado rito de la interacción social. Probablemente, era una explicación científica o lógica, los discursos progresistas del general Juan Velasco Alvarado habían animado también a gente como él --de su extracción social, se entiende-- a presentarse a esa universidad pituca; claro que, por otro lado, su única hermana era ya una trabajadora social egresada de esta misma institución. Mas, lo cierto es que los departamentos académicos de Ciencias Sociales y de Humanidades eran, en aquella época, un verdadero crisol de clases sociales con predominancia, se sobreentiende, de los que más tenían. Las



pasiones de Juvenal Agüero por esos años eran el cine y las fiestas de los fines de semana, siempre le fascinó bailar. Le gustaba encontrarse, dejar pasar su brazo por la cintura de una que de verdad supiera mover el culo; solazarse en la clave y la malicia inherentes al ritmo de la música caribeña; algunas de estas diablas, felizmente, fue encontrando en el transcurso de toda su vida. Detestaba la coreografía e infinitamente más la gimnasia; lo suyo era apechugado y con los ojos cerrados dejarse envolver por el sonido de las trompetas y el trombón, del piano y del contrabajo; asentir, en su fuero interno, a la voz de Héctor Lavoe o de Celia Cruz cuando se dejaban de cojudeces y de verdad cantaban y Juvenal se preguntaba que qué era eso, carajo, y su alma crecía y le salían cachos como a los del mismo diablo y sentía a la hembra que tenía a su lado hacerse una sola pieza con él y ser feliz con él y él ser feliz con ella sin ni siquiera mirarse y menos conocerse de nombre pero, eso sí, compartiendo desde ya algo más básico y que está algo más abajo de las bocas que nombran y de los ojos que miran y de los brazos que espontáneamente se aprietan y de los labios que impensadamente se sellan, todo por una simple canción.

Sus mejores amigos en la Universidad Católica eran Gaspacho, Amilcar y Luis Eduardo, los tres absolutamente distintos de catadura y vocación. Gaspacho, su compadre y de signo Piscis como Juvenal, siempre le pareció el mismísimo Angel de Ocongate extraviado, esta vez, entre la rapacería de la gran ciudad; de familia acomodada y criado por un buen tiempo en la selva del Perú, desconocía la doblez y era, temerariamente, víctima de sus propios estados de transubstanciación, de epifanía, de radicalísima sinceridad. Alto, altísimo, fácilmente se le distinguía en la calle cuando llegaba al barrio de Juvenal; casi todos en Chacra Colorada eran más bajos que él y, definitivamente, mucho más oscuros. Gaspacho conoció a los padres de Juvenal, Lastenia y Teodoro, con los que compartía una comunicación austera, pero entrañable; más de una vez se vino en plena navidad al barrio de Breña y la pasó en casa con éstos, incluso cuando Juvenal no estaba o había salido por ahí a darse una vuelta. Cientos de aventuras les tocó vivir a ambos amigos; muchas de ellas en el lapso mismo de un día, de unas horas, de unos contados minutos; la mutua simpatía y la complicidad eran la llave para que les ocurrieran las más fantásticas cosas.

Gaspacho nunca tuvo una idea exacta de la interacción social, ex-habitante de la antigua Pompeya o de los esplendorosos años de reino de Palermo; víctima de los encantamientos de la selva; habitante de una casa en Lima holgada y bien dispuesta; conocedor, por cuenta ajena --negocios de sus padres sicilianos-- y por cuenta propia de los barrios más populares de Lima; con estudios de un año en Florida que lo hicieron engordar terriblemente y no le sirvieron absolutamente de nada, salvo para hacerse aún mucho mejor persona. Y acriollarse paulatinamente cada vez más, y no sólo por amor al chanco sino también a los chicharrones, a las chicharronas más bien , zambitas o

cholitas de entre lo más humilde, con las cuales tenía un éxito arrollador porque las trataba y enamoraba como gentes --tierno, impaciente y sin ningún tipo de picardía--, y éstas entre que se apiadaban de él y se sentían increíblemente halagadas, y ya estaban riéndose con él aunque no empleara el chiste ni el fácil recurso a la impostada alegría. Juvenal acompañó algunas veces a su amigo en estos trajines; por supuesto, mucho antes de casarse, como lo tenía muy en claro su estimadísima comadre Perlita.

Su amigo Amilcar era el que recibió a Juvenal en su primer viaje a los Estados Unidos. Oriundo del departamento de Apurímac, hablante feliz del quechua y desconfiado del castellano; como Gaspacho, era también un auténtico poeta. Con Amilcar, a veces, Juvenal compartía, traducido al castellano, lo que ambos sentían en quechua. El apurimeño, vecino del limeñísimo distrito del Rímac, tenía un extraordinario jale con todas las blanquitas de la alta clase media de la Universidad Católica, especialmente con las del tipo que podemos denominar “no usaban anteojos”; es decir, los ojos los tenían para ver, los oídos para escuchar, pero que aún no hacían uso --del todo-- de la forma de pensar reservada a su clase social. Justo y precisamente en este intervalo, al amigo de Juvenal le llovían las mujeres como doradas manzanas del paraíso. El limeño recuerda especialmente una, de cuerpo sinuoso y bronceado durante todo el año; la contundente femineidad de esta muchacha les llevaba varios cuerpos de ventaja a las, muchas de ellas, discretas y estudiosas chicas de la facultad de letras de aquella universidad; alguien, sin el menor asomo de mariconada o envidia, nos dijo por ahí que aquélla parecía más bien una estudiante de la Universidad de Lima; y esto es, muy probablemente, por lo que no dejaba de revelar --en todo momento-- su ceñida figura y su caminar secularizado y arrecho. Hasta ese momento, pocas veces en su vida (incluidas

las ilustraciones) Juvenal había visto un cuerpo que adivinaba tan exuberante y perfecto; desde la primera mirada toda ella te conectaba a pasiones increíbles, a historias de ininterrumpidos coitos, a intensísimas coreografías en el arte de amar. Y tamaña hembra, que dejaba bizcos a alumnos y profesores, estuvo con su amigo Amilcar. Este nunca entendió --se lo confesaría años después a Juvenal, una vez que almorzaban juntos en un restaurante polaco en Manhattan-- cómo le cayó tantísimo rayo encima y cómo, a sólo veinte años de aquel maravilloso suceso, aquella bellísima muchacha estaba literalmente irreconocible, como si puñados de hombres se hubieran robado poco a poco su luz, como si la hubieran demolido por dentro, y donde ni siquiera quedara bien parado el minucioso maquillaje del cascarón. Amilcar, hoy en día, viviendo entre la sierra del Perú y La Gran Manzana, cada vez más se cuida de hablar sólo en quechua.

Luis Eduardo, por otro lado, es el que más sabe de arte virreynal peruano en todo el mundo, y es además un amigo bueno y entrañable de Juvenal; sin lugar a dudas, el de vocación intelectual más fiel y constante de toda su generación. Totalmente diferentes en esto de lo efímero de la sensualidad y del erotismo, del irse uno como imantado detrás de unos senos susurrantes, de un rostro con sal, de un bien acompasado trasero, Juvenal Agüero es hasta hoy en día --aunque díscolo aprendiz -- el más agradecido alumno de Luis Eduardo por su bondad, por su inteligencia, por ilustrarlo, a través de las artes plásticas, sobre los variados y ocultos sentidos de la belleza.

El caso de “Chapu”, “Curly”, “Jorobado de Notre Dame”, entre otras jocosas chapas, que aceptaba generoso y siempre con excelente buen humor el auténtico Juan Carlos Mústiga, es algo definitivamente aparte. “Chapu” representa, digamos, a la segunda hornada entre los amigos de Juvenal; autor de A pulmón, Una moral

inquebrantable y Tormentos deliberados, dos memorables libros de cuentos y una novela por encargo, respectivamente; es un narrador desopilante donde cualquier insignificante historia, gracias a la poderosa oralidad de su escritura y a su imaginación, deviene --querido lector-- en ser la propia historia de tu vida. Esto fue lo que le ocurrió, por ejemplo, a Federico Forero cuando le llevó al amigo de Juvenal el puñado de recuerdos que lo atormentaba y que, para conjurar, deseaba convertirlos en una novela. Forero era un peruano valiente que había devenido en un disciplinado y casi indestructible combatiente en la guerra de Vietnam; ahora, condecorado y hecho todo un oficial del ejército norteamericano, quería exorcizar sus memorias a como dé lugar; su vida diaria, en cualquier parte del mundo en que se encontrara y a muchos años ya del conflicto, estaba inmersa todavía en los avatares de aquella absurda guerra.

“Chapu”, amigo como pocos --entre otros, de una pandilla de la fue capitán, en varias oportunidades, representando al Perú en justas de caza submarina por el mundo entero--, accedió a los buenos oficios que empleara, a favor de Forero, uno de los miembros de aquella pandilla. Así pues, recibiendo una cantidad de dinero que no le cayó nada mal y que al norteamericano le sobraba, se puso a redactar Tormentos deliberados. Sin embargo, lo alucinante del asunto es que en esta novela los recuerdos de su cliente son los menos; la mayoría de los hechos, incluso las más minuciosas acciones de armas, y de las descripciones son de la propia cosecha de Juan Carlos, mas con los que Forero no sólo está conforme, reconociéndose plenamente en cada uno de ellos, sino que todavía insiste --tanto ahora con los de “Chapu”, como con los suyos propios-- en tratar de olvidar.

nadie es feliz carajo, piensas, mientras tus hermanos improvisan una mesa de operaciones para liberar tu atrapado prepucio. con la cabeza sobre aquella multifuncional madera, era comedor, escritorio, tablero de dibujo, desván y, ahora, el centro de una sala quirúrgica que te parecía, desde tu ángulo de observación, mucho más grande y diferente a la de tu propia casa. nadie es feliz, pensabas, mientras Julio, tu hermano mayor, y Germán, tu segundo hermano, no sabían por dónde empezar ni qué hacer para liberarte. tu prepucio había sido arollado por un tren, triturado en una máquina de hacer carne molida. nadie es feliz viviendo al interior de un dedal, te decías, y en la más absoluta oscuridad. mas, todo lo exagera tu dolor, no tienes ningún amigo ni amiga ahora, no tienes padre ni madre, no tienes hermanos, sólo tu sufrimiento solitario. hijo éste de tu propia animalidad que te hacía poseer un prepucio tan crecido; primo de la fiesta imposible de tu hermana Elena para celebrar sus quince floridos años; sobrino de la emergencia por la que Germán tuvo que ponerse a trabajar cuando era todavía un ángel demasiado pequeño; amigo del acné que no dejaba en paz y hacía enormemente desgraciado a tu hermano mayor, artista nato; compadre de tu díscolo hermano Eduardo, en el fondo, el más sabio y el más bueno y el más rebelde de todos; cómplice de los cabes y de las trampas y de la mezquindad que siempre se les entrecruzaron a tus padres incluso desde antes que, allá por la década del treinta, decidiera cada uno venirse a vivir a la capital.

-La risa. Hay risa en todos tus libros.

-Risa labial, narizal, ojal y orejal, pelal, a veces.

-La vida en distintos continentes.

-Es igual en cuanto al cemento. Pero en cuanto a la tierra en sí es diferente. Otros colores, insectos de cabezas o patas o abdómenes diferentes. Y si escarbas un poquito en la tierra es otro tipo también, el tiempo salta como un sapo. Mientras el cemento está recién hecho es igual en todos lados, y cuando se pone viejo también es igual.

-He notado duros nombres y adjetivos contra ti mismo y tu oficio.

-Ser un profesor es a veces ser un miserable payaso. Después me llamo Mocho y Macho. Erétil.

-Y ¿qué vas a hacer cuando el tiempo, que tanto te ocupa, te deje sólo de Mocho?

-Quizá haré como los ancianos de la novela de Kawabata, que no perdieron jamás el sentido de la belleza, lo que uno persigue, lo que a uno lo impulsa a la sexualidad. Tú crees que es muy importante lo de la sexualidad y el deseo en mi poesía.

-Sí. Junto con otros factores: el recuerdo.

-Los recuerdos más fuertes, sean del tópico que sean, desbordan lo que se llama el corazón y el espíritu y terminan palpitando en la genitalidad.

-¿Concibes el presente sólo como morir a la mezquindad y al conformismo? Si no es así, ¿cuáles son tus espacios sagrados, tus tiempos reales de placer?

-Reírme y gozar con una mujer, y la epifanía: la alegría inmotivada. Respecto a lo otro, sí, es necesario morir a la mezquindad y al conformismo.

-¿Tuyos o de los otros, o tuyos y de los otros?

-Míos fundamentalmente y en primer lugar...

-Esa frase parece de oficio.

-Oficio de vivir.

-O de sobrevivir.

-Y de sobrevivir.



Si bien es cierto, Juvenal Agüero había sobrevolado alguna vez las playas de Cancún y admirado su mar esmeralda, jamás había caminado a sus anchas en alguna de las costas del Caribe. Como andino, y luego de haber vivido un tiempo en Cartagena de Indias, reconoce que lo caribeño es su complemento natural. Claro que entre los mismos caribeños persiste el mito de otros más caribeños todavía, o más naturales, o más libres, o más plenos, o más felices:

-”El que no ha zingado con haitiana, no conoce lo que es zingar”, afirma, por ejemplo, la mayoría de dominicanos que habita en la frontera con la república de Haití. Asimismo, ya sabemos que algo de esto es lo que animó a Don Alejo Carpentier a escribir *Los pasos perdidos*; mas, al menos Juvenal cree que los mitos son ciertos, que algunas veces se tornan en cabal realidad. El Caribe para un andino no sólo es erotismo, sino también mirada abierta, lucidez, asegura Juvenal, y agrega:

- ¿Te imaginas, peruano, si tienes un mínimo de sensibilidad y --a pesar de las tragedias que te ha tocado vivir-- una elemental exigencia a la vida de dicha, de alegría, cachando con alguien donde tú te digas a ti mismo por la puta madre, qué maravilla el ser escuchado, el ser bien recibido como si hubieras estado ausente, por muchísimos años, de tu tan añorado hogar?

Juvenal Agüero se aproxima a la telaraña de estos recuerdos como si, después, necesariamente tuviera que morir; algunos recuerdos se pagan con la propia vida, piensa. Lo cierto es que la mujer que conoció en Cartagena de Indias lo acompaña para siempre. Más allá de sus sueños, donde Zumurrub aparece de pronto en cualquier esquina; más allá de tener una pinga que bendecir, una rama de olivo con la que dar

gracias al creador, porque la regó y supo hacer dar fruto abundante una hija suya. Una pinga, con la cual dar gracias, y un coño y unas tetas y unos ojos maravillosos y, otra vez, una chucha y un culo sonrientes y concertados con una pinga --en contra de todas las tinieblas--, eso fueron ambos amantes frente al mar y alto cielo de Cartagena de Indias.

## Notas al Inca Garcilaso

Soy viejísimo.

Realmente lo soy.

Mi madre hablaba en quechua

con mi tía Raquel

a la hora del lonche.

Me encantaba verlas alegres

en un lenguaje que no entendía,

que jamás entendí.

Con mi tío Epifanio mi madre también hablaba en quechua

y aunque él andaba lejos

--inmerso en el trajín de su prole numerosa--

cuando ella murió, musitó:

“ahora sí que nos quedamos realmente solos”.

El quechua es un idioma que nunca he entendido.

Pero que consideraba mío por derecho propio,

hablaban y cantaban con él mi madre y mi padre.

Cantaron alguna vez --ya muy mayores--

un hermoso yaraví que quebró de canto a canto

la pequeña vasija que era nuestra casa.

Mi padre y mi madre se amaron, pues, a su manera.

Y compartieron todavía --después de aquel inolvidable yaraví--

como unos veinte años más con nosotros.

Resulta increíble estar escribiendo

sobre estas cosas. Se nota que también

nos vamos a morir.

Y jamás habremos aprendido el quechua.

Aunque es la palabra íntima de nuestra madre,

y los ojos pequeños y desconcertados de nuestro padre,

y el fuelle oculto en el corazón

de nuestros queridísimos hermanos.

Lo único que sabemos es que en quechua

no se puede vivir. En este orden de cosas.

Comunicarte en esta lengua es literalmente suicidarte.

Te aprietan fuertísimo la garganta

y el corazón se te sale de una vez por los ojos.

Probablemente, uno de los amores que Juvenal Agüero añora más en su soledad sea el de Rosalba. Mulata, especie rara en Lima donde más bien abundan cholitas y zambitas, tenía veintiún años y estaba chinita cuando Juvenal la conoció. Mulata exhuberante y educada, no sabemos cómo se enamoró perdidamente del que tuvo aquel accidente de la cremallera. Ella era infinitamente más inteligente que él, más honesta que él, inmensamente más generosa. Había sido alumna suya, pocos años antes, en una conocida universidad limeña que, con notable exactitud, había construido su campus sobre los restos de una ciudad precolombina. Próximo a cumplir los treinta años, Juvenal Agüero se entregaba a sus clases con pasión; en realidad, no medía la repercusión que podía tener su entusiasmo; menos, calculaba lo pésimo que era su salario por tener a su cargo esta función. No era un profesor aburrido y, a decir verdad, en el estado de plenitud vital en que se encontraba, le gustaba coquetear con sus alumnas pero sin objetivo concreto. Recuerda que Gaspacho, su mejor amigo hasta el presente, en una oportunidad le prestó una chaqueta muy trajinada y hasta algo roída, pero finísima y todavía elegante; el profesor y aquella chaqueta impresionaron a Rosalba (ella misma se lo confesaría después, de modo tierno y solidario, sobre la cama). Hasta el día de hoy, Juvenal Agüero ignora por qué la dejó; sólo sabía que tenía que responder afirmativamente a aquella beca que le ofrecían desde España, y que ya no toleraba más el subempleo. No crean, las horas gastadas, a veces desesperantes, dando clases en un colegio, su pobreza y sus ejercicios de novel escritor estropeaban, en no poco, sus tan providenciales relaciones. Providenciales, porque todas estas muchachas, especialmente aquella tiernísima mulata, eran como bajadas del cielo.

Estando ya en Madrid, y antes de partir sin rumbo fijo para los Estados Unidos, el peruano llamó a Rosalba a Bélgica, a un paradero que él no había comprendido bien leyendo una carta. Contestó un hombre, luego ella tomó el teléfono. Había aceptado, con permiso de sus padres, la invitación de una singular familia --a la que conoció en sus labores de guía de turistas-- para irse a vivir a ese país. Ella, claro, no tendría ningún problema de comunicación, dominaba al dedillo varias lenguas europeas. Mas, tal y cual como aquí figura, esto es todo lo que Juvenal sabe al respecto. Aunque, probablemente el resto no es muy difícil de imaginar; sobre todo si cuando unos meses después, intentando averiguar por teléfono las nuevas señas de Rosalba, la madre en persona le rogara que, para evitar los celos del flamante marido, se abstuviese de hacerlo otra vez. Como le sucedió con Margarita, Juvenal Agüero es el caso típico del perdedor nato, está totalmente convencido de ello. En su signo, Piscis, el pez de la izquierda remonta la corriente de la evolución, el otro, a la derecha, el de la involución; dos remos, bogando juntos y separados toda la vida; el mismísimo signo del fracaso.

Durante el III Festival de Poesía en Medellín (Junio de 1993), Juvenal Agüero escuchó por primera vez a Raúl Gómez Jattin. Este fue de chancas coloradas y sin libro alguno a su propio recital, lo acompañaban Javier Sologuren, Juan Manuel Roca, y otro poeta del que ahora no se acuerda. El público --que adoraba a Raúl-- abarrotaba el céntrico auditorio. Llegado su turno, y después de dar muchas puyas a Roca, advirtió que no podía leer sin espejuelos; de aquella sala tipo anfiteatro fueron descendiendo, entonces, anteojos de diferentes formas y colores. Con el abracadabra de sus pesadas manos Raúl fue probándose cada uno; desdeñó inmediatamente el primero, unos cristales de marco grueso y de aspecto muy intelectual; lo mismo hizo con el segundo y con el tercero, discretos lentes de empleado, de disciplinado y tímido ganapán; finalmente, eligió unos de formato más bien estrecho, pero que quedaban flameándole de modo muy vivo en cada cien. Con estos leyó, mejor dicho, este poeta de casi dos metros de alto y de supersticiosos lentes de gatúbela, quiso empezar a cantar, preguntó sobre las preferencias del público que en ese preciso momento ya lo observaba atónito. --"¿Qué canción de Joan Manuel Serrat querrían escuchar primero?", y ahí mismo empezó a tararear la primera cuando poco a poco todo el mundo advirtió --antes Juvenal-- que no tenía entre sus manos texto alguno para leer. Seguidamente preguntó, ya habían pasado algunos desconcertantes minutos, si había alguien entre la concurrencia que tuviera un libro suyo. Silencio, risas, mayor perplejidad todavía. Por último, desde el fondo del auditorio, fue descendiendo a tumbos un único ejemplar que llegó con éxito hasta su mesa.

"Me dejaste en el momento en que más te necesitaba", leyó, o creemos que leyó, y con esto se instaló en la sala una incontenible gravitación que lo tenía a él como eje, exclusivamente a él..."Despreciable y peligroso/ Eso han hecho de mí la poesía y el

amor”, fueron otros versos ahora inolvidables. Sin embargo, todavía muy poco se conoce la poesía de Raúl Gómez Jattin (desaparecido trágicamente en 1997), apenas se ha difundido fuera de Colombia, y mucho menos se la ha estudiado. Extraordinario poeta celebrativo, con su Machado, Vallejo, Borges, Whitman, Paz y Lorca bajo el brazo, pero de catadura muy propia, su obra posee la frescura y vitalidad sólo comparable a otro de sus contemporáneos, el peruano Luis Hernández Camarero (Lima, 1941-1977). En ambos poetas, tan inteligentes y no menos cultivados, lo primero de lo primero es el gozo, esa ave rara hoy en día y a la que supo convocar siempre, por ejemplo, nuestro maestro Rubén Darío. Marginales y centrales a su modo --y tan latinoamericanos-- a sus obras no las coactó la racionalidad política, ni tampoco la cobijaron bajo oportunista teoría literaria alguna; fieles siempre a su corazón, entendieron la poesía ante todo como dignidad --propia y ajena-- que es, a la larga, la que nos pone a la altura de aquel chimpancé que aspira arrobado una pequeña flor del iluminado jardín (foto en la National Geographic en Washington).

“El putas”, algunos en Colombia denominan así a nuestro poeta; nombre cariñoso que no lo define por entero, pero que quizá ayuda a entendernos, sobre todo si nos circunscribimos a aquellos poemas que más fácilmente (de facilismo, de comodidad) lo identifican; por ejemplo, el famosísimo: “Te quiero burrita/ Porque no hablas/ ni te quejas/ ni pides plata/ ni lloras/ ni me quitas un lugar en la hamaca/ ni te enterneces/ ni suspiras cuando me vengo/ ni te frunces/ ni me agarras/ Te quiero/ ahí sola/ como yo/ sin pretender estar conmigo/ compartiendo tu crica/ con mis amigos/ sin hacerme quedar mal con ellos/ y sin pedirme un beso”. Sin embargo, Raúl Gómez Jattin, cuenta con un repertorio más vasto que el aludido, aunque igualmente concentrado (los suyos no son



más de un centenar de poemas). A la vertiente, digamos, narcisista --al antes y después de la juventud y la belleza-- que ilustran también otros textos admirables: “En este cuerpo/ en el cual la vida ya anochece/ vivo yo/ Vientre blando y cabeza calva/ Pocos dientes/ Y yo adentro/ como un condenado/ Estoy adentro y estoy enamorado/ y estoy viejo” (“De lo que soy”), sucede una poesía histórica, recreación o diálogo que entabla el poeta con algunos personajes universales de la historia o de la fábula, *Hijos del tiempo* es el libro al que nos referimos: “No volverá a ver la Alhambra en su esplendor/ .../ Tantos siglos construyendo pueblos y ciudades/ irrigando llanuras/ cultivando frutales/ enseñando la Alquimia y el Algebra/ la Poética, la Astronomía y la Música/ Y todo se ha perdido en unos cuantos años/ En unas pocas batallas todo se esfumó/ como un espejismo en medio del Sahara” (“El rey moro”).

En el mismo año de 1993, cuando lo conoció en Medellín, Juvenal Agüero tuvo la oportunidad de revisar --acompañando a la pintora Bibiana Vélez Cobo, persona excepcional y entrañable amiga del poeta de Cereté-- lo que sería, no estamos seguros, su último libro de poemas, *Esplendor de la mariposa*; edición reducidísima de la que Agüero escribió una reseña para un periódico de Barranquilla y detectó, le entristeció comprobarlo, cierta pérdida de rigor en la estructura de sus textos, ciertos versos de menos o de más, cierto exceso de lugar común en sus imágenes, pero jamás la ausencia, y esto hartó lo alegraba, de auténtica poesía. Era el ramalazo lúcido --luz o sabiduría-- en medio de su tenaz adicción. De modo análogo a lo que señala Angel Rama respecto al maestro, en el Prólogo a su edición de la poesía de Rubén Darío para la Biblioteca Ayacucho, el estilo, el vocabulario, los temas, la estética de Raúl Gómez Jattin podrá

pasar de moda, pero su poesía y la pregunta por su poesía --y por la persona de Raúl-- tendrán vigencia permanente.

Volviendo a la anécdota. Luego de leernos tres o cuatro poemas, y todavía mientras su voz de ángel crecido en las calles --entre gritos y puñetazos-- resonaba en la platea, el poeta se despojó solemnemente de sus gafas celestes y las colocó abiertas sobre la mesa. De un momento a otro, sus espaldas alcanzaban ya la puerta más cercana mientras los otros poetas aún estaban en sus lugares respectivos y el público continuaba como hipnotizado, embebido. Mas, repentinamente hubo alguien que reaccionó, y después otro y otro, hasta que el reclamo, aunque cortés, se hizo general y unánime. ¡El libro, el libro!, comenzaron a vociferar en toda la sala. El poeta giró una sola vez la cabeza, efectivamente, entre sus manos enormes sostenía un pequeño y trajinado volumen, y antes de abandonar definitivamente el lugar respondió al coro: “Si yo lo escribí”.

A Juvenal Agüero le cayó un rayo de luz de parte de su neurosis, de la poesía o del mismo Dios cuando estaba en tercero de secundaria. Fue en Villa Koschka, en realidad, una casa de campo casi abandonada que tenían los jesuitas a no más de hora y media de Lima. Esta casa no dejaba de ser un lugar interesante para alguien que venía del corazón de una urbe donde nunca llueve y donde, por las divisiones de clase trasladadas al mapa de la capital, su barrio de Breña no poseía ningún encanto ecológico, ni mar ni árboles ni nada que se le parezca, solamente tráfico --conectado como estaba al centro de la capital-- y calles escasamente iluminadas. Juvenal y sus compañeros fueron allí de excursión, aunque la dirección del colegio la asumió como si fuera un pre-retiro (ejercicios espirituales obligatorios para el cuarto y, sobre todo, para el quinto y último grado de secundaria). Apenas fueron media docena de muchachos acompañados de un seminarista entusiasta, y la idea era quedarse sólo de un día para otro: jugar un poco de fulbito, bañarse en la pileta que ellos de antemano sabían allí existía, comerse todas las provisiones (las propias y las del otro), no dormir (conversar y fumar hasta intoxicarse), y luego regresar alegre y cómodamente en la combi que habían fletado para la ocasión. Casi nada de este imaginado programa se cumplió, especialmente para Juvenal Agüero. Villa Koshka no había recibido en meses ningún tipo de mantenimiento; entonces, la alberca estaba llena, pero con una agua que disuadía por su color y por estar cubierta de hojas y maleza; no hubo tiempo para jugar fulbito porque el seminarista se las arregló muy bien para proponer diversas dinámicas de grupo y temas de reflexión; asimismo hubo que hacer limpieza de algunas áreas, especialmente de las camas que, para sorpresa de todos, resultó eran sólo un molde de cemento donde encajaba un delgadísimo colchón. Todo este dormitorio era literalmente una cámara frigorífica; por eso no es difícil

entender que, al amanecer siguiente, varios de esos muchachos encontrarán un alacrán muy bien acurrucado dentro de sus zapatos.

El mismo día de la llegada, antes que anoheciera, Juvenal abandonó el grupo que se encontraba reunido dentro de la casa, y salió a dar una vuelta. Su atención estaba dirigida fundamentalmente a su mundo interno; pero, aun así, pudo distinguir todavía la belleza de las estribaciones andinas, ya próximas, como a media hora en auto de allí. Olía y saboreaba y palpaba toda la atmósfera en cada una de sus pisadas; quebró ramillas, ahogó líquenes, creó sombras fugaces bajo sus pies; tenía y no tenía miedo mientras se dirigía al descampado. La noche inclinaba su pecho, lucía un vestido de estrellas multicolores; la luna era dádiva generosa para el mundo. Ya no tenía miedo, sí ansiedad y curiosidad. En pleno campo abierto, solo, erguido y mirando el cielo, sintió un arpón de luz que se clavaba justo en medio de su pecho. El sosiego era insoportable; la dicha, aún más temible. Herido, se recostó sobre una roca próxima y lloró; sus lágrimas salían incontenibles. En una fracción de segundo creyó observar a la noche misma, temeraria, aproximándosele. Recuperado aquel arpón del medio de su pecho, fatigado y sin noción alguna del tiempo, como por inercia emprendió el regreso. Cerca de la casa, bastante grande y carente de energía eléctrica, sintió algo de miedo; todo estaba realmente muy oscuro. Temprano se retiraron los muchachos a dormir.

El idioma de la sociología,  
el idioma de la política,  
el idioma de la teoría literaria,  
el idioma de la economía,  
el idioma de los horarios,  
de los miedos,  
de las miradas desconfiadas.

Tienen tanto en común  
y no valen un pedo.

Con esa buena basura muchas veces escribimos la poesía.

¡Tan inteligente ella!

¡Tan desconfiada la pobre!

Este es uno de los últimos textos escritos por Juvenal Agüero que, si no se producen cambios de última hora, integrará un poemario titulado *Desde el más allá*. La idea que tiene Juvenal, nos lo confió en un bar irlandés de Beacon St. en Boston, es mandar literalmente a la mierda a todo el mundo, empezando por él mismo. Su conciencia laxa, calificada así ya --desde que era un adolescente-- por el director espiritual del colegio jesuita, lo ha llevado a no creer en nada y, al mismo tiempo, necesitar creer absolutamente en todo. El primer lugar de lo que no cree está reservado al mundo académico, espacio similar al mundo, a secas, pero que le gana por ser incluso mucho más falso y ganapán (especialmente en instituciones que han hecho de la enseñanza un pingue negocio, se entiende); sin duda esta crítica no es nueva, así opinan

todos los cachimbos o *freshmen* apenas cruzan el umbral de la universidad; pero, aquella mole es tan pesada y tan compleja que, intentar escalarla, produce inevitablemente soroche: dolor de cabeza, vómitos, irreprimibles ganas de cagar.

Lo segundo contra lo que quiere arremeter Juvenal es contra los poetas y sus poesías; harto de los que apelan a las maquinitas --que sólo valen en cuanto las inventaron para sí mismos Darío, Lezama, Borges o Vallejo--, la poesía le llega a la punta del huevo; le harta la sarta de locuaces oportunistas; peor, la cremallera de la gente considerada inteligente. La inteligencia que importamos desde los Estados Unidos es una verdadera mierda, insiste Juvenal; esa triste inteligencia inteligente. ¡Qué puede conocer una gente que, en primer lugar, no se mira la una a la otra en los trenes! ¡Qué chucha conocen del mundo esa sarta de consumidores que le temen hasta al ruido de un pedo! ¡Qué iris hay en los ojos, en el desván, si esa gente es única y estrictamente su tan aseado cuerpo! ¡Su cuerpo musculoso y bello y vigilante y absolutamente carente de sabor! ¡Por la madre que nos parió, los truenos caen en lugar de mi voz y hasta activan las alarmas de los coches! ¡Qué incommensurable tristeza es ésta! ¡Qué acrobacias las de la muerte, mi querido Quevedo, ante los ojos del que no ha nacido aquí, y al que absolutamente nada de esto pertenece! ¡No hay palabra edificante ni consejo espiritual posible porque todo aquí se confunde; el propio peso de la ley todo lo malinterpreta!

Obviamente, Juvenal Agüero sangraba por la herida. Debía reconocer que la gente en New England por cualquier cosa decía *sorry*, *excuseme*; que la atmósfera estaba usualmente limpia, sin la contaminación o el smog que había en su conciencia; que se había hecho latinoamericano en los Estados Unidos. Recapacita y se dice, cónchole, que si no hubiera venido aquí no hubiera conocido a Ramona, un bombón dominicano, un

cacho de hembra hecha a mano tal como a él le gustaban: ébano natural uniformemente distribuido y perfumado, sobre una silueta secularmente aclimatada a la jungla y a los tambores. No se puede relatar, el lenguaje resulta aquí insuficiente, las maneras y los modos de Ramona. “Al pasito”, era la consigna y, entonces, esa alma bajada del cielo -- sobre la tierra era una funcionaria en salud pública hartamente comprometida con su pueblo-- lo liberaba de la cremallera asesina con suaves efluvios y alegres ungüentos, tal como la sortija que se desliza, desde el advenedizo dedo en que estuvo trabada, por la tan benéfica acción del jabón. Ramona fue la primera mujer y amiga entrañable de Juvenal Agüero en los Estados Unidos.

¡Cuántas aventuras con el loco de Gustavo, el erotómano y loco de Gustavo! La Gata, amiga común, amante y madre adoptiva vuestra (Rómulo y Remo bebiendo de cada uno de sus pechos), muy bien los había caracterizado. Gustavo, según ella, era el más desinhibido, para nada tomaba en cuenta el pudor; mientras en el caso de Juvenal, por el contrario, los cuerpos no perdían nunca su aura, ya sea como un contorno de luz que los cubría por entero, ya sea como escondida en algún pliegue de la piel, en una fugaz mirada. Es por este motivo que para Juvenal eran imposibles las orgías, vamos, tirarse uno después del otro o al mismo tiempo a la Gata; máximo, un atardecer en la playa de La Herradura, a ambos hambrientos ella los acogió en sus senos pequeños. Un poco mayor que ellos, pero con los arrestos de una púber, estaba convencida que Gustavo y Juvenal eran un par de prometedores escritores. Más bien delgada, piel canela, había sido educada en un conocido colegio de monjas de Lima y derivada a estudiar en la facultad de literatura, francamente no sabemos por qué. Santa a su manera (como Catita de *La Casa de Cartón* de Martín Adán) y extraordinariamente insegura, reía de todo mostrando la leve y memorable separación de sus dientes delanteros. Nadie, jamás, usó con tal maestría aquello que a simple vista pasaba sólo como algo gracioso o, máximo, un levísimo defecto. Juvenal y Gustavo e incluso otro colega, también escritor en ciernes, quedaron por muy buen tiempo prendados de los dulces dientes de la Gata. Una vez terminados los estudios en la facultad y cada cual ya disperso en mundo tan ajeno, se enteraron que ella, llevando un curso sí y otro no, aún continuaba estudiando. Monja a su manera, santa a su manera, Juvenal de vez en cuando le enciende su velita votiva; váyase a saber, quizá todavía puede llegar a ser un escritor famoso.



En Santa Cruz de la Sierra, por los meses que van de Febrero a Noviembre de 1994, Juvenal Agüero trabajó al lado del psiquiatra más importante de Bolivia; psiquiatra y empresario, para ser más precisos. Fue en el marco de un sincero propósito para procurar instalarse de nuevo en Latinoamérica. Juvenal dejó inconclusos sus estudios del doctorado en una AB League norteamericana y, por cierta amistad que tenía con una señora cruceña que había conocido en un viaje anterior, se decidió por Bolivia antes que por el Bajo Perú. La verdad de la milanese es que después de vivir cinco años seguidos en el país del norte y perder a Ramsa, el único y real estímulo que lo mantenía allí vivo, sufrió un shock cultural tan agudo que el solo hecho de escuchar hablar en inglés lo crispaba y le producía insoportables migrañas. Juvenal Agüero sujetó el timón de su existencia, pues, y se vino a trabajar de profesor de literatura en una escuela privada de la que era director aquel polifacético médico.

Apegado a una vida muy simple y casi pueblerina, a la que agregaban algo de color sus amores con aquella cruceña, Juvenal era feliz desintoxicándose allí, saboreando las masitas cambas, bebiendo a cada momento su vaso de moco-chinchi. El peruano era bueno para comer de todo, para apreciar el detalle de las más variadas comidas; asimismo, de las más disímiles mujeres. A cada rato entraba en estado de contemplación, si no eran aquellas nalgas macilentas, eran los ojos; si no era el contorno de una boca, eran las vulvas elocuentes que, a través de las telas finas, se debatían en tan intenso calor. En Santa Cruz de la Sierra se vive en estado de chucha, así se lo había hecho saber otro peruano, muy mal hablado, que conoció apenas cruzada la frontera camino a La Paz. Pero Mabel, la de los destemplados gritos, fue sin lugar a dudas su único y fiel amor. Ella elegía siempre *Il Cuore*, motel caro y harto presuntuoso en su decoración, pero donde

uno sentía, en toda aquella ciudad de expansión constante, que estaba libre de mirones; en más de una oportunidad, en otros moteles, y a pesar de la tenue luz, Juvenal siempre sospechó que los estaban espiando: detrás de las cortinas que daban a la calle alguien cuchicheaba, el torno que comunicaba con la habitación repentinamente se movía; es que aquellos estruendosos alaridos volvían figón hasta al más impasible espejo del cieloraso.

-¡Mío, mío, mío, mío! ¡Papá, papá, papá, papá!, era la cantaleta, y luego los chillidos de un parto. Maravillosa Mabel, a su modo --íntimo y ruidoso-- ella se rebelaba contra su cargo de eficiente administradora de los bienes públicos, de madre superresponsable, y de adulta; con los ojos cerrados, cuando no estaba pegando de gritos, sus labios dibujaban el mohín del deleite infantil. Mas, Juvenal no amaba a Mabel, y ésta tampoco amaba al peruano; lo que hubo entre ellos fue algo así como un pacto de no agresión, un acuerdo de límites, un poner en práctica la ley del buen vecino; sobre todo en una ciudad donde él era un extranjero descolorido y, felizmente no, un boliviano que no fuera cruceño. Gente reservada, pero amabilísima, los cruceños --que se sienten invadidos por todo el resto de Bolivia y hasta usurpados por el gobierno central-- son harto racistas, no aceptan a quechuas ni aymaras (la mayoría de habitantes de aquel país), tampoco a sus propios indígenas, y en esta esquizofrenia viven aunque finalmente o felizmente son poquísimos; la mayoría de los que mueven la economía de Santa Cruz de la Sierra son, más bien, fornidos mestizos cambas --hombres y mujeres--, y donde la fama de la belleza de éstas ya ha trascendido, con muy justa razón, el caliente ámbito de ese territorio.

En Bolivia, asimismo, Juvenal conocería una legión de compatriotas, entre estos muchos jóvenes profesionales que, hartos de la guerra y sin reales perspectivas de

trabajo, habían subido hasta Bolivia para intentar revertir su mala suerte. Mas, sin sorpresa se enteró también que, por ejemplo en Cochabamba, los peruanos habían adquirido fama de brujos. Prueba de ello fue que a Juvenal mismo, al cual en son de broma una pareja de amigos lo presentó como diestro curandero, le tocó rechazar la oferta de un desgraciado que le rogaba hiciera volver enseguida a su infiel mujer. Por lo demás, una vez establecido ya en tierra camba, Juvenal Agüero se dio tiempo para colaborar con la prensa local, cruceña y de la capital; Jesús Urzagasti, del diario *Presencia* de La Paz, recibe hasta hoy en día sus artículos sobre literatura latinoamericana; y también continúa atento, entre otras, a la obra del buen cuentista beniano, Homero Carvalho. Mas, una de sus experiencias mayores fue leer en vivo y en directo a Jaime Saenz; es decir, bajo el cielo nocturno de la ciudad que él amó y que nos hace comprender mejor su extraordinaria poesía. Saenz es el único poeta latinoamericano que ha leído en andino a Quevedo y a Vallejo; al primero de estos, haciendo de los cerros que rodean la ciudad de La Paz un mismo polvo enamorado; al segundo, enfatizando que la muerte no fue para el peruano cristiana ni dialéctica, sino algo así como una mutua complicidad, un cordón umbilical, un solícito seno materno.

La fortaleza de Samaypata, una especie de Machu Picchu en miniatura, también permanece en su recuerdo. A menos de dos horas subiendo desde Santa Cruz se percibe la típica atmósfera incaica que, como sabemos, no la brindan las edificaciones en sí, sino todo lo que está en su contorno. Los incas supieron construir un paisaje, humanizar un vasto espacio y tiempo; sus construcciones son al mismo tiempo miradores privilegiados; los pasos que damos entre sus edificios se dejan sentir al exterior y al interior de la tierra; su arquitectura es apenas, y esto es ya muchísimo, hacerle sentir la presencia humana al

paisaje; todo lo que a uno lo rodea está subordinado y contenido en sus piedras cinceladas, en la sabia disposición de sus sensibles muros. El exacto conocimiento, nos dice el Inca Garcilaso, ya se ha perdido; pero cuando uno se haya en Samaypata es lo mismo que estar sobre la cima del adoratorio de Pachacámac, una escondida fuerza nos invita a adoptar la posición fetal, el irresistible escorzo de lo pre-natal o del sueño. *Melting situations*, es un poemario en inglés que ensaya ahora mismo el limeño, y aquí se ventilan algunas de aquellas cosas, los estados de envolvimiento o identificación con diferentes seres, objetos, situaciones o lugares. Según esto, Juvenal Agüero, aparte de ser la fotografía de un feto ensimismado, es un lobo de mar varado en orilla ajena; esto último, en particular, fue una revelación que tuvo a los veinticinco años en La Mina, playa cerca a Paracas, como a doscientos kilómetros al sur de Lima.

Después de casi un año dejó Santa Cruz de la Sierra, probablemente para siempre; regresó a su patria -- aquí estuvo por un par de años-- y luego se fue al Brasil, lugar donde había decidido echar raíces, a enseñar español en una universidad pública de la ciudad de Manaus. Enamorado de su música y de su poesía, artes inseparables en aquel país-continente, Juvenal Agüero, aunque lo intentó, lamentablemente no logró establecerse. Un colega, ex-rector de aquella universidad, en confianza le manifestó que tocó la puerta equivocada; sus documentos se traspapelaron y, es obvio, no se les dio el trámite correspondiente. Sin embargo, en el poco tiempo que estuvo en ese punto del país --según Gabriel García Márquez-- más grande del Caribe, pudo comprobar que en alguna vida anterior también fue brasileño o, para ser más precisos, amazonense. Su cuerpo fluía ahí rápido, hecho una tromba, como el servicio de ómnibus local; mas, por el poco tiempo y las condiciones en que moró allí, su alma no terminó de fundirse con su

cuerpo, de hacerse una sola cosa con él. Unos fogonazos, eso sí, momentos de armonía hubieron, sobre todo celebración espontánea y sincera de la amistad; así, por ejemplo, la que compartió con los poetas de Manaus, especialmente con Luis Baçellar, del que con gran placer vertió al español un poema suyo, y Aníbal Beça, múltiple artista y generosa persona ; asimismo, tuvo la oportunidad de conocer la obra de un excelente narrador como Milton Hatoum cuya novela, *Memorias de um certo oriente*, reseñó para la sección cultural del decano de los periódicos de Lima. Así, pues, sólo permaneció escasos cuatro meses allí, antes que se animara, bajo el seudónimo de Juvenal Agüero y residiendo nuevamente en los Estados Unidos, a intentar escribir esta autobiografía apócrifa.

A un lado el mar/ bebiéndose la costa;/ al otro lado los habitantes/ pisando los cerros/ como a una gallina./ Así es mi ciudad,/ la blanca ciudad de Lima. Es un texto que Juvenal escribió por el año de 1982 en su paso efímero por la burocracia de saco y corbata. Acababa de fallecer su madre y necesitaba, aparte de pagar algunas jugosas deudas, encontrar una alternativa laboral que no fuera la docencia; una actividad donde no tuviera que pensar demasiado mientras se recuperara del golpe, algo semejante a jugar con maderitas o plastilina, en fin, un lugar donde el tiempo pasara como si se estuviera mirando la televisión. Esta oportunidad se la ganó --milagro, sin enchufe ninguno -- en la oficina de relaciones públicas de la Contraloría General del Perú; la idea era que él entraba como uno de los responsables de la edición de *Perú Control*, revista institucional de la que nadie tenía en claro cuál era su periodicidad ni, menos, cómo existían ya dos números. A los pocos meses, a él y a su fino terno azul marino, el único con el que contaba, los mudaron para otra oficina; en verdad, él no entendió lo que tampoco nadie entendía y, sobre todo, nunca accedió a cepillarse a su jefa, mujer para nada provocativa. Básicamente, pues, le otorgaron otra oportunidad, lo destinaron a la oficina de Promoción y Desarrollo del Personal para que diseñara un curso de redacción y ortografía.

Aquel texto, de arribita nomás, lo escribió durante su ociosidad en esta última oficina; instalado su escritorio en el piso veinteavo de un moderno edificio, no tenía sino que girar la cabeza hacia la izquierda para ver el mar, o virar a la derecha y contemplar los cercanísimos y hacinados cerros de la ciudad donde naciera. Ahora, y esto es quizá mucho mejor conocido, Lima es blanca (léase, por ejemplo, el pasaje correspondiente en la novela *Moby Dick*) no sólo por su proverbial neblina, sino por otra clase de blancura, digamos, muchísimo más cara pero aspirable también. Mas, Juvenal Agüero, sintiéndose

mejor después de vegetar seis meses en aquella institución, retornó al sub-empleo de la docencia, a las horas de dictado de clase aquí y allá porque esto, al menos, le producía la sensación de no estar muerto. Además, durante aquella aciaga época de franco oscurantismo (asistía a las reuniones de un grupo católico más o menos simpatizante con la teología de la liberación), de mala conciencia (pensaba que había sido egoísta de su parte no haberle procurado una vida mejor a su madre), de absurdo puritanismo (se arrepentía de haber estado tirando como loco, a veces en la propia casa paterna, con una muchacha mitad española mitad charapa que --literalmente-- es la que le enseñó a cachar) y de aguda pobreza, conoció y se enamoró de Rosa y pretendió ver en ella lo que la inocente en realidad no era, y entonces ésta a muy buena hora se fue con otro y, al menos por un tiempo, fue feliz, muy feliz.

Alejandra era el nombre de aquélla que terminó de hacerlo todo un varoncito; tarde, superado su primer cuarto de siglo, fue cuando Juvenal aprendió realmente a cachar. Alejandra no se venía con vainas, ni disfuerzos ni gazmoños, ahí nomás lo sacaba al fresco, en la más inesperada coyuntura y literalmente en cualquier lugar: en el asiento posterior del “Carrusel” (inolvidable volswagen color naranja) mientras sus amigos hablaban de cualquier cosa y pensaban que Juvenal y Alejandra estaban prestándoles oídos; en el cuarto de Wilton mientras éste iba por unos refrescos y felizmente entendía y no regresaba hasta que, más bien, ellos tenían que ir a buscarlo después; en la propia sala de Gaspacho, su compadre, mientras éste iba a saludar a su mujer y a sus hijos que estaban viendo la televisión y de milagro no aparecían estos a saludar al “tío” que en ese momento estaba solamente en cueros como cualquier chivatito, como cualquier perrito, como aquel impávido pececillo totalmente desnudo

dentro de la pecera. Increíble Alejandra, mantenía en vilo y asustado al pobre Juvenal; poseía una mezcla de culturas, costumbres y educación, inéditas para ese muchacho entre reciente costeño liberal y antiguo serrano conservador. Hija de un muy respetable anarquista catalán y de una tranquila y bondadosa señora nacida en el oriente peruano, los hijos de esta algo insólita pareja se habían criado en un ambiente de libertad y comunicación, de celebración de la vida, de culto al arte, de auténtica democracia. Alejandra era, pues, a sus veintiún años, full de ases frente a la insignificante mano de cartas que mostraba Juvenal. Sabía en todo sentido, no sólo en lo que al sexo se refiere, era de veras inteligente y la abrumaba --era efervescente en su interior-- la pasión por el arte; en particular, por el arte del canto y de la actuación. Fue la primera mujer, además, que puso verdaderamente a Juvenal a la intemperie, lo desahuevó, aunque lamentablemente no para siempre:

-¡Eres un egoísta de mierda!, le dijo un día en un tono hondo, hondísimo y decidido, al que no quebraban sus lágrimas. Juvenal, según ella, no la escuchaba cuando le hablaba de su pasión por el arte, de sus proyectos como artista, de su amor a esta vocación; con una mano suya apretando fuertemente el pescuezo del que a su vez estaba fundido con todo a su prepucio, le decía ella todas estas demoledoras verdades. Y Juvenal intuyó, por primera vez a través de estas palabras, que la mujer también era su prójimo; sobre las llamas --pero no las cenizas-- de su machismo y de su misoginia lo entendió; de su educación homo, tanto escolar como universitaria, lo entendió. Y la acompañó, desde entonces, al club de teatro por el que ella optara una vez dejada de lado la universidad, y la animó, luego, a cagarse sobre el reglamento de ese mismo club de teatro que le prohibía participar en el rodaje de una película donde iba a ser una de las protagonistas y



tener la oportunidad de volverse una estrella. Resultó increíble para Juvenal, una vez que huyó de los brazos de Alejandra, contemplarla arrobado, como cualquier hijo de vecino, en el iluminado écran de una sala de cine en pleno centro de Lima. Ella lucía bella y auténtica en aquel papel de muchacha decidida que le había reservado, con muy buen ojo, la atenta mirada de un talentoso y joven director.

Juvenal Agüero nunca debió dejarla, lo mismo que a sus demás maravillosas mujeres, incluso de esa de la cual no nos habla, de aquella que premeditadamente permanece ausente. Tanto afecto y tanta belleza y tanta verdad sabe muy bien que lo acorralarán un día, ya va para viejo, y terminarán aniquilándolo. En realidad, desde ahora, él lo sabe muy bien; tanto amor no se ha creado en vano: es el discreto rumor que anuncia ya la carreta que carga la guillotina, es la pequeña bola de nieve que pronto lo alcanzará no sin antes dejarlo en sombras, es la bala en el aire, este aire mismo a punto de entrar en su respiración.

El cementerio El Angel es también blanco como Lima, allí retornó Juvenal para enterrar a su padre, cinco años antes había hecho lo propio con su madre. Entre otras cosas buenas que trajeron estas muertes, al final siempre parece que resulta así, se hizo amigo de sus demás hermanos; Juvenal ya no sólo era el benjamín, ahora algo fundamental había cambiado, algo substancial se había modificado. Su hermano Germán pasó a ser, entonces, y por suerte, su mejor amigo. Para Juvenal Agüero es terriblemente difícil y a la vez demasiado fácil hablar de este hermano mayor; alguna vez, antes de viajar a hacer uso de su beca a España, en una de las sesiones de la terapia a la que se sometía --sacrificando la mitad de su ya modestísimo salario-- el psicoanalista le reveló, percatándose de la especial inflexión de su voz al nombrarlo, que Germán era la única persona a la cual él amaba de verdad en el mundo entero. Esto bien puede haber sido una exageración de aquel profesional, intentando retar, forzando a salir de la cueva a su paciente; pero, lo cierto es que aquél que tiene la fortuna de tratar un momento con Germán, de entablar cualquier diálogo con él, inmediatamente queda desarmado, ignorante, con un panal de abejas en lugar de la cabeza y, es muy probable también, con un corazón mucho menos mezquino. Por lo que se nos ha informado, Germán a las justas terminó la primaria; parece ser, por la carta que en seguida vamos a leer, que no le gustó mucho la escuela o que al menos no aprovechó en su justa medida las clases de castellano. Germán muy pronto se puso a trabajar, se volvió experto en mil oficios y se matriculó más bien en muchísimas fábricas hasta que su hermano Eduardo, compinche suyo desde la niñez, apenas pudo lo llevó a trabajar consigo a su taller de electricidad industrial en el distrito de Breña. Aunque la mayoría de las veces --cómo no, viviendo

ambos en el Perú-- tienen que hacer de tripas corazón observando como hacen y deshacen, los poderosos de turno, con la economía nacional, Juvenal está feliz de ver trabajar juntos a sus hermanos y que Germán -- invirtiendo cada vez menos días en su lucha con cada una de las palabras-- le escriba de vez en cuando una carta:

Recordado Hermano:

El, Señor Guevara nos agrado es sencillo y Jovial. Y parece que tiene muchas esperiencias culturales. Muchas, gracias nuevamente por tú regalo Hermano. Fué muy importante para mí. Te, envió tú articulo. Me quedo con una copia. ¿Cómo poder desir dos palabras sobre tú articulo??

Tal vez: Que eres más “limpio” (sin muchas ramas) ó como un negro africano sin mucha pintura en la cara. Como, si una madera mejor tayada.

Yo, estoy mucho mejor, creo que maximo en un mes, estare como antes o mejor.

Aquí, todos bien de salud. Julio en Diciembre termina de “cancelar” su seguro.

Y ya en Enero recibira sus pensiones.

Saludos de todos. Por mi parte y como siempre un fuerte abrazo Querido hermano.

Si se enterara, Pablo Guevara, lo que Germán resume de la visita que les hiciera a los hermanos Agüero en su taller de Breña, probablemente su risa se oiría desde Pachacamac (donde vive) hasta la mismísima Universidad de San Marcos (donde trabaja). El excelente poeta, autor de *Hotel del Cuzco* y de la más voluminosa obra inédita en la historia del Perú independiente, fue llevándole gentilmente a Germán

algunos dolarillos --lamentablemente no muchos-- de parte de su hermano Juvenal. El encargo lo había recibido Guevara en una visita que hiciera a Boston --ciudad donde por ahora tiene su cepillo de dientes nuestro trashumante amigo-- como parte de su itinerario de lecturas poéticas en varios puntos de la costa este de los Estados Unidos. Juvenal recuerda con mucho agrado la lectura que hiciera Guevara en Brown University, en el marco de una clase sobre poesía latinoamericana que dictaba Julio Ortega. Ambos viajaron juntos desde Boston a esta cita, con Juvenal haciendo de lazarillo o escudero del poeta que nunca antes había estado por allí.

En cambio, la zona era hartó conocida para el que tuvo aquel accidente de la cremallera; después de trabajar como lector en Cornell University por casi dos años --y despedirse de su inolvidable amiga Ramona-- fue a la de Brown para hacer su PhD en estudios hispánicos. Su primer año en esta escuela le fue cañón, fue fácil para él adaptarse al ritmo de trabajo y a la necesaria voracidad en el volumen diario de lectura; recuerda, con mucha gratitud, la solvencia intelectual y sencillez de su profesor Frank Durand; las absolutamente consoladoras --por sus agudos y para nada dogmáticos puntos de vista, además de su extraordinaria simpatía-- conferencias de Heloísa Buarque da Hollanda; y lo inspiradoras de las clases del propio Julio Ortega. Pero, para el segundo año, algunas feministas lideradas por un ser absurdo le cayeron encima y con desesperación esperaron que --por cualquier motivo, académico o no-- pisara el palito. Juvenal les dio en la yema del gusto, mejor dicho, en el edema de la hiel, y desaprobó en sus exámenes preliminares conducentes a poder escribir la tesis para optar el grado de doctor en letras. Claro que a esto, al sentirse espiado, condenado de antemano por recua tan gris --y, a final de cuentas, con enorme poder en muchos ámbitos académicos-- habría

que agregarle el contexto de haberse separado de Ramsa, de que esta hermosísima mujer finalmente hubiera decidido abandonarlo.

Ramsa era de origen iraní, pero venía de algún lugar del mediterráneo europeo donde sus padres vivían después de haber escapado del cerco fundamentalista de Jomeini. Es muy arriesgado, sino temerario, para Juvenal hablar de ella; primero, por lo que respecta a sus vapuleados sentimientos y, segundo, porque nomás que se entere la madre o la familia lo mandan prender y, mínimo, desollar vivo. Fue terriblemente conflictiva, pues, la convivencia para ambos enamorados; pero, mientras duró, mientras la familia de ella --y luego Ramsa misma, con la cabeza minuciosamente lavada por una psicóloga persa-- lo permitió, la relación entre ellos gozó a veces de total armonía. Vayan los siguientes versos satánicos a manera de conjuro:

Sus labios persas  
se abrían en iraní  
hacia el deseo.  
Había que interpretar  
una canción  
de más de tres mil años.  
Seducirla con un amuleto  
más antiguo que el de los andes,  
mi tierra.  
Agarrarla, desnudarla, cubrirla.  
Mirarla fijamente sólo  
algo después. Y entonces,

sufrir por contemplar  
tanta belleza.

Sin embargo, al menos en lo que respecta a las feministas, a sólo algo así como cuatro años de partir de Brown, irse a Santa Cruz de la Sierra, Lima, Manaus, y retornar nuevamente al ambiente universitario norteamericano, Juvenal se percata --no sin un ligero asomo de alegría-- que la situación ya en algo parece haber cambiado. Claro, persiste, y Juvenal piensa que para siempre, el puritanismo inherente a la cultura de este país que la hace tan desconfiada y sujeta --en todo orden de cosas-- a la dictadura de los reglamentos; y, por otro lado, el justo marco de las conquistas ganadas en décadas de lucha por las mujeres. Mas, ya no se anda temeroso que --de pronto, y por un quítame estas pajas-- le corten y le fríen a uno los huevos como un bistek. Pareciera ser que incluso a nivel teórico se habla del fin del feminismo; pero, fuere como fuere, ya es hora que deje de constituirse en el salvavidas de tanto ignorante, sea del sexo que sea; de tanto alienado arribismo cultural de los que, en los Estados Unidos, cuando les conviene se auto-califican como minorías; de tanta pendeja y tanto pendejo (en peruano: vivo, astuto, oportunista o acomodaticio) que, como nuestra amiga Delfina, flamante doctora y especialista en novelas de migrantes hispanas, cada vez que se toma un par tragos, nos confiesa:

-Vamoz, con estoz y con estaz, cualquier coza, pero al único que he amado yo y que aún quiero es a Manolo, un grandulón que trabaja en el Banco de España, a ese le doy el culo, vamoz.

nadie es feliz, carajo. como esta guitarra española que suena igualita a la música que acompañaba íntimamente mi niñez. la belleza está prohibida en este mundo. el derroche, del tipo que sea, resulta intolerable. vaya mi homenaje más sentido y sincero para los derrochadores, ricos o pobres, sólo ellos conocerán el don de Dios. liberado de la cremallera todavía queda el dolor. nunca te dije que te quería tanto, que te necesitaba. nunca pude articular con mi voz de niño el peso que me ahogaba, que se llevaba para el fondo mi voz. nunca me quejé, siempre te vi partir y nunca entendí, así será me decía. roto, descorazonado y triste me acerco a ti y suspiro. te observo detenidamente y suspiro. los ángeles no vienen a mí lado y nadie me abraza. quebradas las puertas, rajadas hasta hacer luz me pregunto, te miro una vez más y te abrazo y me abrazo, y te pregunto. del dolor se puede vivir si antes no nos lleva a la muerte. derruido, destrozado, desaparecido, evaporado. del dolor no se puede permanentemente sobrevivir.

Olgaides Ribeiro de Olivença, era el nombre de la minina que Juvenal Agüero estaba reservando para el final; es más, incluso no íbamos a saber nada de ella porque nada pasó, al menos, en términos de las formas de comunicación descritas aquí hasta el momento. Pero si Juvenal tuviera que nacer otra vez, y pudiera elegir un territorio, se iría al Brasil, a Manaus --donde aún ella lo está esperando--, al barrio de Espírito Santo; para dormir con ella y olvidarse absolutamente de todo, hasta del escribir, entre su peladinha y sus piernas y sus brazos larguísimos, aunque aún algo torpes, recién aparecidos --como la forma que el escultor arrancó de una materia preciosa -- de entre el barro alborotado que es siempre la pubertad. Describir a Olgaides rebasa los límites de lo que un simple papel puede contener y, entonces, Juvenal queda simplemente agradecido a ella, eternamente *obrigado*. Asegura que esta muchacha, nacida en Belem do Pará y criada en Manaus, pertenece al futuro, no al suyo, por cierto, pero sí al del más auténtico Orpheu brasileiro o de cualquier otra nacionalidad.

Así, pues, con un pie dentro de casa y el otro suspenso en el vacío; sin poder encontrar hasta ahora un lugar donde colgar, en paz, los cuadros con las fotografías de todas sus mujeres, y ponerse a recordar y luego cómodamente morir; Juvenal Agüero escribe, huyendo de los perros rabiosos del escepticismo y de la incredulidad, la lista sumaria de sus muchos amores. De esta manera escribe, Gigi, que por poco se le queda en el tintero, la cual lucía a la altura del seno izquierdo un corazón, pero puesto sobre la piel y grabado, es obvio, dolorosísimamente a fuego. Mestiza, como Juvenal, mitad francesa y mitad indio canadiense, era chiquitica también como aquella poderosa pebeta argentina, pero sin el menor asomo de esnobismo o absurda petulancia. Gigi era una experta en radioactividad de suelos y, así como empedernida caminante, una cachera



realmente incansable; amaba de verdad, al menos así se lo dio a entender al peruano, y para ambos fue terrible la despedida; ella se quedó en Ithaca, Nueva York, él se fue a vivir a New England. Juvenal recuerda sobre todo un verano con ella, en los alrededores de aquella villa donde filmaron las primeras películas de Tarzán, el hombre mono; Ithaca es un hielo en invierno, pero, increíblemente, hace un calor tropical durante el verano; recuerda que se bañaban calatos en la primera playa nudista que Juvenal conoció en su vida; playa, eso sí, ni de mar ni de río, de cascada. Aquella mestiza canadiense poseía la naturalidad y la pureza por la que se afana tanto en conseguir la clase media educada norteamericana, mas en el caso de ella esta naturalidad era sexuada, frágil, zozobrante, y no sólo un miserable producto de la represión; porque, tal como dice su amigo, el filósofo mexicano Alberto Roblest: “En el fondo la mayor fantasía del gringo es la orgía; aunque su doble moral *ipso facto* lo castigue y reproche. Por eso necesita del *mass media*, del juicio moral de la sociedad de los *reality shows* y el autoengaño. Los gringos han llegado a la conclusión de que el sexo no debe contener lujuria y de que el erotismo está mal visto” porque, finalmente, agrega: “Adoran la muerte, el crimen encubierto de buenos sentimientos y la desolación como estética del bien [...] Hay que acabar con el mal, arrancarlo de cuajo, rociarlo de Napalm, desertificarlo, bloquearlo, espiarlo”. ¡Pinche cuate!

Tampoco desea olvidar, aunque no recuerde su nombre, a la charapa con la que por primera vez hizo el amor; entendámonos, dos personas totalmente calatas, con él encima de ella o viceversa, por su puesto, entre otro centenar de posturas más. Juvenal Agüero estaba por cumplir los veinticinco años cuando por primera vez le sucedió esto; fue dentro del famoso “Carrusel”, con una charapa, blanca como la leche, que tenía un

culo realmente extraordinario; mas, como refiere acerca de una situación parecida, en sus *Prosas apátridas*, su compatriota Julio Ramón Ribeyro, por el apuro se olvidó de acariciarle y besarle a esa ninfa ... Hembra, ante todo, salvaje y no menos aguerrida, la levantó Juvenal en la puerta de un cine cuando éste se disponía, junto con algunos de sus amigos, a ingresar a la vermouth; fue el hecho de abordarla y, al mismo tiempo, ya estar tomándola por la cintura y disuadiéndolas, a ella y a su prima, que no entraran al cine y que mejor se fueran juntos a dar una vuelta por ahí, y luego a bailar un poco en una discoteca (lugar donde Wilton, por falta de fondos, dejó empeñada la gata del coche) y finalmente prometer dejarlas temprano a ambas en su casa mientras, ya a una cuadra de allí, Wilton, aunque estorbado por el timón, de alguna manera se entendía con la prima y nadie podía sospechar lo que a Juvenal por primera vez le ocurría. Aquella Diana, tan efímera, se vino con un chorro que dejó empapado todo el asiento posterior del wolsvagen naranja, para Juvenal --no sabe bien por qué-- fue como hacerlo realmente con una tortuga; anchísima de caderas, fue como deslizarse a través de un lentísimo y acolchado tobogán. Una vez dejado el carro hecho un desastre, y vestidos ya ambos, Diana la cazadora lanzó una frase, con mucho salero, dirigida a los dos amigos:

-Vuelvan, no irán a ser de esos que cuando comen ya no regresan.

Asimismo, cómo podría dejar de mencionar a Juanita, la de los pies ligeros; bailarina profesional y abogada que, por supuesto, dejaba a la jueza en casa cada vez que venía a visitar a Juvenal. Los padres del peruano ya habían muerto, así que éste vivía solamente con Germán y disponía de la casa a sus anchas; pero fue más bien ínfimo el número de las mujeres que pasaron por allí. Muy poco tiempo después de dejar los cuerpos de sus queridos padres en El Angel, Juvenal se fue a España y, atando cabos, el

resto de la historia ya lo van enlazando ustedes muy bien. Mas, semejante a la relación que tuvo en Santa Cruz de la Sierra, lo de ellos fue, más bien, una solemne pelea de unificación de coronas, pero sin público, y cuyo fallo definitivo ha quedado pendiente.

-¿Tienes resaca de diáspora de más de un millón de peruanos que se han ido del país, de disolución, de artistas que podrían haber estado con nosotros ahora y que no pudieron ser, perdieron la vida en el intento, no quisieron o no se atrevieron? ¿Resaca de soledad marcada por tu propia vida pero también por una literatura de catacumbas?

-En diáspora no me he sentido nunca. Porque hay un eje interior que es tu patria verdadera, tu lugar, tu forma. Es un eje emotivo. Una especie de lugar privado donde existe un montón de amor: el de mis padres, el de mis hermanos, el de mis mujeres presentes y pretéritas.

-Te aclaro lo de las catacumbas: me refiero a la política de apoyo que tanto la empresa privada y el Estado deben ofrecer a las artes y a las ciencias. Hasta este momento somos exportadores de cerebros. Al paso que va la educación ya ni siquiera cerebros exportaremos.

-Efectivamente. Escribir en nuestro medio es catecumenal. Pero como sucede en la secta cristiana, parece que ésta es la única manera de hablar en lenguas. Sin embargo, a uno le provoca salir de la catacumba y eso es lo que no funciona, pues, en nuestro medio. Cuando bajaba la cuesta de Cornell, meditaba en mi circunstancia mágica: de ser un profesor de secundaria muy mal pagado en un colegio de Lima, había pasado a ser casi un gurú, cosa que nunca me propuse en serio, entre la alta clase media norteamericana, harto estudiosa y no menos diletante, que se congrega en esa universidad.

-Tú eres un vitalista. Un poeta de la vida y no de la muerte. Pero lo eres en un tiempo definitivamente tanático. De haber sido otro el destino de nuestro país, creo yo que tú podrías haber celebrado nuestro esplendor, ahora negado, no en tono

grandilocuente, no a lo Chocano, sino desde el detalle, la intimidad, lo aparentemente nimio, lo que constituye un rasgo de tu poética.

-Respecto a lo vital, a lo celebratorio de mi poesía, tengo un rechazo a toda postura maltusiana, apocalíptica, en cualquier aspecto de la existencia: sea de salubridad pública, de las finanzas, de la educación, de la escasez de los alimentos, etcétera. Confío en la creatividad humana y en la evasión a secas, siempre presentes al final de cuentas en nuestra historia. Rubrico esta observación tuya también desde una postura estrictamente cognoscitiva o intelectual. Considero que el saber en última instancia es gozoso. Cualquier tipo de saber. Por eso rechazo a la gente que mete miedo, a los que se quedan a la larga en un saber a medias.

-¿Qué percibes del deterioro ambiental y humano? Un ejecutivo inglés dijo que si se calienta la Tierra, lo único que va a hacer es agregar un trozo de hielo más a su scotch.

-Santa Teresa decía: si se produce un pequeño fuego en una casa, voy presta y lo apago. Pero si se incendia toda la casa, me paro y me voy.

-¿Qué piensas ahora de la crítica que hace veinte años lanzó a la nueva hornada de escritores peruanos, para lo cual contribuyó a crear premios de mentirijillas, y abjuró del rigor científico al afirmar que en el Perú se producían, como conejos, generaciones de escritores cada diez años, cada cinco años, y ahora cada dos y medio?

-En lo personal no he sido un premiado por la crítica de gacetilla. Como uno es hombre, claro que a veces uno gustaría verse en las manos dominicales de alguna chica bonita. Mas afortunadamente, una crítica discreta ha reconocido mis versos.

-¿Te refieres a Martín Adán, que te leyó cuando tú tenías diecinueve años, y cuya última lectura fue un libro tuyo que le gustó mucho, según le contó a Mejía Baca, el médico del Hospicio Canevaro que asistió la muerte del maestro?

-Efectivamente. Y como me lo dicen de vez en cuando mi hermano Germán, algún complacido alumno, y algunos colegas extranjeros. Me pregunto si suena pedante todo lo que he dicho.

Boston, verano de 1998

## **Un chin de amor**

De mí no quedaba más que un instinto de  
expectativa.

Roberto Arlt

Lo único que quiero  
es que me dé un chin,  
un chin chin, de amor.

Chicho Severino



Puerto Príncipe, 17 de agosto de 2001

Querido hermano Germán:

Desde el lunes 13 estoy en la capital de Haití, Puerto Príncipe, que es como un Tacora sin límites, salvo en los cerros donde mora la gente rica. Todos son negros aquí, y todo es también de este mismo color en la noche porque en las calles no hay luz. Sin embargo, una vez superado el miedo ante tanta oscuridad --la de la gente y la de la ciudad-- te das cuenta de que son personas incluso las que viajan amontonadas como papas o gallinas yendo o saliendo del mercado de pulgas que es --hasta la puesta del sol-- toda esta agitatísima capital. No te imaginas lo difícil que es hacer cualquier cosa en Haití. Hay muy pocos restaurantes, y los más lujosos parecen pollerías poco concurridas del distrito de La Victoria. No hay taxis. Pero lo peor es que no existe ni recojo de basura ni alcantarillado; la gente camina literalmente sobre la mierda. En fin, todos parecen choros, pero no te roban. En Haití estoy acompañado de una haitiana bonita que responde al nombre de Elimane. Nos conocimos en la República Dominicana, aunque nos enamoramos en un pasadizo que podría corresponder a cualquiera de un país subdesarrollado. Salvo por un enorme árbol de mango que daba deliciosos frutos y aun más sabrosa sombra. De tanto entrecruzarnos en este pasadizo nos enamoramos. Para solaz nuestro y desagrado de sus padres militantes del fundamentalismo moreno. No te describo a Elimane por tu corazón, ya que me cuentan que lo tienes últimamente un poco delicado. Pero te digo nomás que si a ese culo lo pones a rodar por Lima te aseguro que toda la paisanada se me ataranta, se me atraganta y se me ahoga.

Nada más por ahora mi hermano querido. Pronto regreso a trabajar a Boston.

Juvenal.

Así podría recomenzar la novela de mi vida. Efervescente, transparente y ligera. Pero resulta que mi hermano Germán ya falleció y Elimane cuida un niño de otro ahora; uno que probablemente fue saliendo de su entraña como un coco. Y emprendérmelas cual un barco rompehielos contra mi propio desamor resulta guerra avisada que puede matar gente. Para empezar, a mí mismo. Desaparecer bajo el triturador de mi cocina primero con un ruido áspero, pero después como un sonido uniforme, tan uniforme como el agua que lava y tan humilde desaparece.

De pura casualidad estoy en Santo Domingo. Una vez que no fui requerido para continuar como instructor de español en la University of North Florida, hice planes de irme cuatro meses a México a pasar el rato y escribir un ensayo sobre la poesía mexicana penúltima. Pero la visa que me daban iba a ser sólo por un mes y, entonces, decidí --el viernes 1 de agosto de 2003 y en el mismo aeropuerto internacional de Miami-- marcharme a cualquier país que no requiriera a un peruano hacerse notar demasiado. Comencé por casa, por supuesto, pero no hallé vuelos para ese día y, los pocos que había para el día siguiente, estaban literalmente por los cielos. Así que me vine a República Dominicana, lugar donde no tengo amigos, pero sí conozco gente amable y, cómo podríamos denominarlo, algunas lindas muchachas que aún no conozco pero que muy pronto voy a conocer.

Ahora mismo, entonces, empiezo la novela. Son como las seis de la tarde de un jueves. Día harto lluvioso que me ha tenido --hasta hace pocos minutos-- tendido en la cama escuchando a Barry White. Curiosa música que (lo pude leer en el folleto adjunto al CD) de antemano volvía elegante al *customer*; estaba expresamente editada para que el comprador se sintiera guapo y elegante. Quizá es por este motivo que de un salto nos

hemos puesto directamente a escribir: perdonados y bellos frente a nuestra iluminada pista de baile.

Juvenal Agüero aspiraba parsimoniosamente el perfume de su mujer. Lo interrumpía, encandilándolo más aún, el resplandor que emergía de aquel mar tan moreno.

--¡Qué bonita es la vida, por la crica de la madre!, decía para sus adentros

Recordaba que no esperó a que Isabel se deshiciera de su bien entallado sastre pantalón. Lino azul claro que le ceñía el toto como si éste fuera un bien estudiado mohín, la osada travesura de unos labios ávidos y carnosos. Allí mismo, en el taxi que los conducía al hotel del peruano, palpó concienzudamente ese lino y --en silencio y con todo detalle-- le dijo a los ojos muy abiertos de la morena lo que les esperaba a ambos en toda aquella vasta noche.

El artículo que Juvenal Agüero escribiera sobre poesía dominicana reciente, lo había indisputado con casi todos sus poetas. La poesía en República Dominicana, pensaba Juvenal, existía por todas partes menos en su poesía. La increíble y cotidiana creatividad del lenguaje de sus calles, todavía no constaba --filtrada o hecha un pastiche-- en la literatura culta. En los poetas dominicanos existía una fundamental inhabilidad para hacer del habla un evento, una fabulación de lo real, y sólo se limitaban a darle un uso costumbrista en textos que necesitaran una gran dosis de efecto de realidad. En el panorama nacional, por lo común, la adquisición de cierta cultura sólo acrecentaba el complejo de alejarse de la gente donde, paradójicamente, residía la mayor dosis de invención con la lengua. Taras del colonialismo, de seculares luchas intestinas entre caudillos por el poder, de una dictadura de cuarenta años y de una falta de libertad de expresión --que perdura hasta hoy en día-- quizá podrían representar el inicio de una explicación. Haber sido alfabetizado y, mejor aún, ser poseedor de un verbo elocuente todavía constituye un símbolo de distinción social en la República Dominicana. Para nada, ni a nadie, le interesa la literatura: tomar distancia de la ficción en que se vive, del juego local y planetario en el que uno está inmerso; mucho menos, proponer la alternativa de otros juegos, de otras lecturas.

Pero frente a toda esta irrealidad, piensa Juvenal, el dominicano es un ser bendito y, en este sentido, debe tomarse atento ejemplo del varón local. Es proverbial que nadie mama el toto como él; ningún otro sabe prenderse tan bien de allí; aquél es un buceador nato. Conexiones con la realidad más fuertes que ésta existen muy pocas. Frente a la absoluta irrelevancia, e inexistencia de sus poetas y de su poesía, está una buena mamada de toto. Sin embargo, tampoco esto es ninguna novedad para la gran poesía. Como le

sugirió alguna vez su amigo Alan Smith, extraordinario lector de César Vallejo, no a otra cosa alude el famoso verso final de Trilce XIII: “¡Odumodneurtsel!”, sobre todo tratándose de un contexto de complicidad dichosa --goce carnal y plenitud espiritual-- entre el yo poético y el Sol (Padre), y que tendría su ápice expresivo en aquella oportunísima onomatopeya. En Vallejo, en su poesía, un gesto es más elocuente que mil palabras; aquí reside el misterio de su honda antipoesía: crear cosas, situaciones, emociones con las palabras, jamás hacer un fetiche de estas últimas. Y es por este motivo que el poeta peruano es tan diferente al resto, su poesía no está hecha de palabras; más bien, digamos que se vale de éstas sólo para empezar una tarea de tipo hartamente manual: radicalmente espiritual y corporal. Es más, César Vallejo ha hecho ascender el alma a los genitales y, viceversa, descender los genitales al alma. El espíritu (el Verbo) habita ahora en la pinga y en la chocha. Es quizá inspirado por esta santa paradoja que Juvenal Agüero se animó a escribir y publicar *Prepucio carmesí*, su primera novela de humor místico.

El amor está en cualquier parte, pero en ninguna está de otro modo. /.../  
Pero yo no sé sinceramente qué es el mundo ni qué son los hombres. /.../  
Y amo a los mil hombres que hay en mí, que nacen y mueren a cada instante y no viven nada.  
He aquí mis prójimos.  
La justicia es unas estatuas feas en las plazas de las ciudades.  
Ninguna de ellas me gusta ni poco ni mucho –no son diosas ni mujeres.  
Yo amo la justicia de las mujeres sin túnica y sin divinidad. /.../  
Nací en una ciudad y no sé ver el campo.  
Me he ahorrado el pecado de desear que fuera mío.  
En cambio deseo el cielo. /.../  
Me gustan los colores del cielo porque es seguro que no son tintes alemanes.  
Me gusta andar por las calles algo perro, algo máquina, casi nada hombre.  
No estoy convencido de mi humanidad; no quiero ser como los otros. No quiero ser feliz con permiso de la policía. /.../  
El anhelo que tienen los grandes hombres de ser completamente perros. Los pequeños hombres quieren ser completamente grandes hombres, millonarios, a veces dioses.  
Pero estas cosas deben decirse en voz baja –siento miedo de oírme a mí mismo.  
Yo no soy un gran hombre –soy un hombre cualquiera que ensaya las grandes felicidades.

Estos son algunos versos entresacados de *Poemas underwood* que forman parte, a su vez, de *La casa de cartón* --relato poético o poesía en prosa-- publicado en 1928, en Lima, y cuyo autor es Martín Adán [Rafael de la Fuente Benavides]. Aquellos versos,

recuerda Juvenal, constituyeron su libro de cabecera cuando tenía 15 años. Es decir, siendo peruano e interesado en las emociones, no lo iniciaron en el disfrute de éstas ni César Vallejo ni, menos, José María Eguren. A esa edad, sentía que había algo en Vallejo de excesivamente provinciano; algo en Eguren de demasiado cosmopolita y atemporal (con sus valkirias y condes y reyes). Martín Adán lo acompañaba mucho mejor porque, además, éste tenía unos 18 años cuando escribió aquel memorable libro de prosas; es decir, existía cierta afinidad de sensibilidad y de imaginación entre ambos limeños, pero, por cierto, no de educación ni de clase social. Adán era un renegado de la más conspicua aristocracia peruana, Agüero lo era de una super empobrecida pequeña burguesía --provinciana y migrante-- millonaria únicamente en cortesía. Hidalgo como su padre es muy difícil que otra vez existiese, piensa Juvenal; otra buena madre como la suya, muchísimo menos.

Sin embargo, aquello de que “el amor está en cualquier parte, pero en ninguna está de otro modo”, hubo de constituir --a la larga-- como el almidón de entre los pliegues íntimos de su alma; lo mismo, aquello de “no querer ser feliz con permiso de la policía”. Más que un gesto adolescente y de prosapia vanguardista, Juvenal Agüero percibió en ellos, muy prematuramente, el futuro de su propia existencia. Ante las hondas desavenencias de la vida, igual que ante los inmerecidos parabienes que otorga, aquellos versos venían a poner para él las cosas en orden, a procurarles quizá su auténtico rasero. --Pero, ¿cómo te consuelas? Le preguntó su hermano mayor cuando el “Chovi” (popular sobrenombre de Germán), su amadísimo segundo hermano y, en la práctica, su auténtico padre falleciera lejos y haciendo un esfuerzo sobrehumano para seguir en la línea telefónica con Juvenal:



--Por siempre, hermano, para siempre, fue lo último que escuchó (a través del hilo telefónico) de los labios de aquél que había sido también su tolerante y generoso maestro.

Gaspare Alagna, amigo entrañable de Juvenal, ha graficado como nadie este doloroso episodio:

“Juvenal querido: no sabes la pena que me da el último viaje de Germán casi siguiendo de cerca a Eduardo a su descanso eterno, y sobre todo lo mucho que se querían ustedes; recuerdo en un último poema tuyo: "moriré pero mi amor no morirá", casi como un presentimiento, una intuición generosa e inevitable. Mi espíritu alarga sus brazos y te aprieta a su corazón en este momento de ausencias en que extrañas sombras han visitado de nuevo tu hogar. Por supuesto, Juvenal amigo, estaré y sabré representarte en este definitivo adiós a nuestro querido Germán junto a tu familia. Hablé con Helena. A esta hora ya lo están velando en la Parroquia de Nuestra Señora del Carmen en San Miguel; mañana, luego de la misa en cuerpo presente, lo acompañaremos a su última morada allá en el Angel. Junto a tu pena, siempre tuyo, Gaspare”.

Aquello de que “extrañas sombras han visitado de nuevo tu hogar”, se refiere a que éste era el segundo luto de Juvenal en el lapso de menos de un año. Pocos meses atrás había fallecido también su tercer hermano, Eduardo, víctima de un cáncer pulmonar que asimismo se había llevado al Chovi. Ambos se amaban entrañablemente, se llevaban tan sólo unos pocos años, y habían pasado juntos infinidad de anécdotas, cruzado siempre tenues y caudalosos ríos --ayudándose mutuamente-- incluso en el hecho de morirse uno inmediatamente antes del otro.

Haber vivido durante 15 años en los Estados Unidos de Norteamérica es un verdadero misterio para Juvenal. Haber experimentado, luego del momentáneo y previsible aturdimiento, soledad tan descarada y absurda. Hablando en frío, a Estados Unidos uno viene para morir de un sinnúmero de muertes lentas. Mas, felizmente, entre éstas también están las de la ingenua seguridad del color local, la de nuestra amelcochada escenografía patria: “Ser peruano en cualquier parte del mundo es imposible/ ser peruano huaco y católico/ cachero y manatí/ ser peruano brujo”, escribió alguna vez cuando cursaba estudios de Ph.D en Hispanic Studies en Brown University. Luego, la vida de todos los días no había hecho más que confirmarlo. Salvo, en algunas preciosas oportunidades, mientras algo pasa cuando lee, cuando recuerda a sus muertos o, más bien, cuando éstos se acuerdan del limeño; salvo cuando, después de hacer bien el amor, incontenible ríe como un chico pícaro y travieso.

A los Estados Unidos llegó de pura casualidad y sin ninguna expectativa, con la sola excepción de ver este país cara a cara y encontrarse con Freddy, amigo de la Universidad Católica del Perú, desde mediados de los años setenta. Mas, la circunstancia de estos y otros hechos ya la encuentra el generoso lector en *Prepucio carmesí*. Aquí sólo resta decir que, por aquella época, Juvenal Agüero se dejaba llevar por la vida como si fuera una frágil veleta. Iba aprendiendo de lo que veía, pero también de lo que tocaba, de lo que escuchaba, de lo que gustaba y de lo que olía. Hoy en día considera esto como una sabia lección que le dieran en la escuela los sacerdotes jesuitas: no especular en el vacío, sino atenerse fielmente a los hechos. Mas, esta íntima convicción, en la práctica, él más bien la interpretó siempre como la de especular con los hechos y la de atenerse tercamente al vacío. A sus 48 años cumplidos estaba sin trabajo

--sólo luciendo parco, en una desenfocada fotografía, su flamante birrete de Ph.D--,  
sobreviviendo en Santo Domingo --había alquilado un estudio minúsculo en la calle  
Uruguay del barrio de Gazcue-- y enamorándose locamente de una chica treinta años  
menor:

Llegados a los cincuenta años.

A punto ya ensartados

y presurosamente removidos.

Ayer morí. Deseé la muerte

y fui prontamente escuchado.

Clamé por Germán, por los míos,

por los que alguna vez nos conocieron

y a puro fuego lento

los sabores del amor nos enseñaron.

Estoy enamorado de una mujer

treinta años menor que él.

De aquél que desconozco.

Que aparece ahora a la intemperie,

miserable y desolado.

Briosa muchacha. Hermosa

en sus diecinueve ángulos

y en su centro de llama

equidistante y oculta.

Y estoy preso y estoy ridículo.

Llamándola insistentemente  
para pedirle mi mendrugo de pan,  
mi maná de cielo y de vida.  
Torpe hombre merecedor  
de la más abundante de las lástimas.  
Clamé para morirme  
como un chico asustado  
y polvoriento. Y me morí.  
Me caí ahí hondo y lloré.  
Por mí, por nosotros  
lloré. Por la vida  
que da vuelta en la esquina  
y de pronto ya se nos pierde.  
Por nosotros lloré. Muertos  
e insepultos todavía.  
Y ya reconciliados.  
Y aún así desconocidos.

## MAESTRIA EN ALTA GERENCIA ETILICA

### Programa Académico

#### Primer Semestre

- Orígenes de las parrandas
- El alcohol y su función como lubricante social (\*)
- Introducción a la Jarra y el Vaso
- Matemáticas Financieras del bebedor (como evitar pagar bebidas de más, cómo cobrar vueltos "olvidados" a los mozos, cómo calcular propinas, técnicas para evitar pagar parqueos de más y otros)

#### Segundo Semestre

- Trigonometría I
- El alcohol como sustituto del Psiquiatra
- Discusión I
- Bebidas en la Playa I
- Bebidas Caseras I
- Introducción al manejo en estado alegre (\*)
- Comidas y canciones que no combinan con el alcohol

#### Tercer Semestre

- Importancia del ron en la toma de decisiones (\*)
- El alcohol como complemento en eventos deportivos (\*)
- Logística y ubicación del trago
- Consecuencias de conducir bajo los efectos del alcohol
- Introducción del Conductor Designado (cómo evitar ser uno)
- Discotecas, bares, centros cerveceros, cebicherías, barra show y tiendas de conveniencia
- Relatividad de la belleza de la mujer según el nivel de alcohol
- Alcoholismo: Ventajas y desventajas
- Teorías de beber solo

#### Cuarto Semestre

- Resaca I
- Tragonometría II
- El alcohol como complemento en celebraciones (tipo de bebida según la celebración) (\*)
- Cómo controlar a un borracho

- Aprendiendo a hablar cuando se está casi

ebrio

- Amigos, casi hermanos y compadres:

Diferencias básicas

- Licores clandestinos ¿Mito o realidad? (\*)

- Jurisdicción del borracho

- Técnicas avanzadas para ocultar el tufo

- Vuelta ¿Como regresar a casa?

Quinto Semestre

- Resaca II

- Bebidas caseras II

- Excusas familiares básicas (última

recopilación)

- Como superar el efecto helicóptero

- El alcohol como mecanismo de escape (\*)

- La comunicación, herramienta importante en

la parranda

- Consecuencias de beber fiado

- *Open bar*

- Tragos de hombres y mujeres

- Pensamientos después de la parranda

Sexto Semestre

- Excusas laborales avanzadas (última recopilación) (\*)

- El alcohol como liberador de tensiones

- Ética profesional del bebedor

- Sentimientos de culpa ¿Cómo eliminarlos?

(\*)

- Tratamiento para las resacas agudas

- Llamadas telefónicas a ex-novias: Ventajas

y desventajas (\*)

- Técnicas de vocalización básicas para el

Karaoke (optativo)

- ¿Son Anónimos los Alcohólicos?

- *Rally* del Borracho.

- Sexo (Como copular en estado de ebriedad o

como intentar copular)

(\*)

## EXAMEN TEORICO/ PRACTICO EN PARRANDA DE CLAUSURA

(\*) Incluye material didáctico y de apoyo

profesional especializado.

A planear y ejecutar algunos de estos didácticos proyectos es a lo que se dedica -- en sus horas libres-- Juan Pablo Mayurí Granados, queridísimo sobrino de Juvenal Agüero. A la muerte de Germán, y en ausencia de Juvenal que se encontraba varado en



los Estados Unidos, Juan Pablo --inteligente muchacho de 24 años-- era el que cariñosamente había amortajado al “Chovi” siguiendo las instrucciones que éste --respetuoso, hasta el más allá, del prójimo-- dictaba al corazón de aquel extraordinario sobrino. Así pues, cuentan a Juvenal que el “Chovi”, aunque escaso de pellejos, lucía digno y tranquilo enfundado en su clásico terno azul marino. En el velatorio, eso sí, hizo llorar hasta al más pintado. En la atmósfera se sentía constantemente como un olor a incienso, un trozo de carbón aromático --eso fue siempre Germán para Juvenal-- dando de sí incluso hasta más allá de su término. Dentro del ataúd yacían, juntos y mansos, el trajín y el dolor del mundo recortados sobre un aguileño perfil, muy parecido al de la mascarilla que le tomaran al poeta César Vallejo en su lecho de muerte. Gaspare, que representó a su amigo en los funerales del “Chovi”, grafica muy bien, una vez más, aquello que vamos intentando describir:

Querido Hermano: ayer enterramos a Germán (Cuartel San Danilo I, nicho F-8) a golpe de mediodía, el sol estaba radiante; el día anterior, durante el velorio, Mario se puso al costado de Germán y asumió con su verbo sencillo pero vibrante el responso; luego, cada cual, los hijos de Helena, ella misma y alguien más, rindió su testimonio personal sobre la vida de tu hermano; al escuchar tantas palabras llenas de bondad y generosidad el alma se me quebró y me volví un papel arrugado y húmedo. Tu hermano Julio en silencio. Todos te extrañamos mi querido Juvenal; espero estés bien. No dejes de escribir. Gaspar.

“El Chovi” visitó a su hermano menor sólo después de su misa de honras, camino al famoso cementerio limeño, y mientras Juvenal esperaba a su queridísimo difunto al borde del mar de East Boston. No hubo nada de singular ni de especialmente revelador en aquella soleada tarde. Sólo el convencimiento definitivo, para Juvenal, de que la existencia es una ilusión, y de que también lo es la muerte. Ante el vaso de raspadilla que lo acompañó durante su caminata por el limbo de East Boston (ni gringo ni latino ni italiano ni nada de nada), de aquello íntimamente se convenció.

El culo de Yaella es redondo y lustroso como un clásico balón de fútbol. Arañita virgen y harto traviesa. Besar aquello había ya justificado su estadía en la media isla que es la República Dominicana. Morderlo y hundirse de nariz y de ojos en él constituía como un segundo nacimiento. Una nueva oportunidad en la vida. Sabor dulce y exacta temperatura. Todo consistía en saber ir hasta el fondo resbalando entre dos mangos vivos, dos delfines bien sincronizados incluso en las más insignificantes de sus piruetas.

Juvenal querido,

llego como quien dice desde el mas allá: en realidad te pareces al fantasma de tu propio fantasma. Como siempre, tus poemas me han impactado: el lenguaje sencillo y la palabra justa pero original, ni hablar de los sentimientos, a veces pura filosofía. Gracias por sufrir por nosotros. En un par de semanas te enviaré el importe de los libros.

Un abrazo fuerte,

Carlos

*Desde el más allá* es el último poemario que publicara Juvenal Agüero y “Carlos” no es otro que Carlos Castellanos, librero argentino de Ithaca (New York), donde el peruano viviera por casi un par de años y donde conociera --entre otras maravillosas mujeres-- a Ramona y a Gigi; un bombón dominicano la primera, todo un canto de sabrosa chocha la segunda. Ambas expertísimas en el arte de amar: por ingenua, Ramona; por sabia, aquella india canadiense. El culo de esta dominicana, aunque esta vez de tono un chin más oscuro, se parece al de otra dominicana: Yaella. Ambos abundantes, pulcrísimos, lisos y de uniforme e impecable color. Mas, volviendo a la breve misiva, Carlos no era un hueso fácil de roer. Parco y sobrio, el porteño era un lector entendido y exigente. Distribuía sus novedades a través de Latin American Books Store, que no era sino un amplio sótano donde se clasificaban los libros por países o temas. Nadador cotidiano por vocación, por terapia contra el stress y también por la necesidad de mantener bajo control las distintas personalidades --no siempre bien allegadas entre sí-- que es cada cual particularmente en el exilio. Carlos y Juvenal se hicieron amigos de modo espontáneo, casi es seguro, en alguna de esas reuniones que organizaba el ghetto intelectual latinoamericano de la ciudad en la cual ambos residían. No debemos olvidar

que Ithaca tiene una larga tradición, digamos, de simpatía por lo latinoamericano y, muy en particular, por lo andino. En aquella época, vivía todavía allí John Murra --rumano de origen y amigo personal, por ejemplo, de José María Arguedas-- y merodeaban también algunos de sus afamados discípulos de Cornell University. Por increíble que parezca, en esta universidad llegó también a trabajar Juvenal Agüero, aún en edad de merecer --como consta también en *Prepucio carmesí*-- e invariablemente en las nubes.

Ama las populosas nalgas de Yaella. No podría ya vivir sin ellas. Ahora mismo se lo dijo, pero --como ella es demasiado joven para él-- no lo entendió y, por enésima vez, se han separado. La muchacha le preguntó que qué era el amor para Juvenal, y éste le respondió, atrayéndola inmediatamente para sí, de tan casto modo. Yaella juega con Juvenal, va y, cuando quiere, no llega a las citas porque sabe que al limeño se le cae literalmente la baba por ella: alto culo y altas y espléndidas tetas en una estatura media y un rostro dulcísimo. Juvenal jamás ha sabido ser feliz con las mujeres de las que en verdad se enamora, lo hecha irremediabilmente todo a perder y lo abandonan o lo tiran por la borda al mar más negro y encrespado. Estas chicas no son necesariamente ni las más bonitas ni, diría la gente *bien* dominicana, las más presentables entre todas. Pero al peruano estas morochas, por lo general de barrios muy populares, se le filtran poco a poco --como ejemplar de impávido secante-- desde la piel hasta el fondo del corazón. --“Chopero”, le dijo alguna vez en Providence (Rhode Island) uno de sus amigos. Cuando ama siente que paulatinamente desaparece y no tiene ya la mínima idea de sí mismo ni de nada ni de nadie. Esta mañana, después de dos largas semanas, fue a casa de Yaella y todo fue otra vez en vano, terminó yéndose encojonado con la astuta mulatica -- que cada vez parecía prestar más atención sólo a los cuartos de su novio peruano-- y avergonzado por su rancia o anticuada forma de amar.

Vietnam, Sábana Perdida, La Bomba y, ahora, Brisas del Este (muy cerca a El Laberinto), son algunos de los barriecitos donde habían vivido sus mulatos amores. Pero, claro, era la Zona Colonial de Santo Domingo donde Juvenal usualmente abordaba estas sabrosuras. Por lo general estudiaban en alguna de las muchas academias de cosmetología que abundan en la zona; otras, simplemente estaban de paso, husmeando en

las vitrinas de El Conde, solas o acompañadas usualmente de un hijo pequeño, de una o varias amigas. La pinta de extranjero de Juvenal --léase gringo-- es lo primero que llamaba la atención de estas encantadoras hembras; luego, que se entendieran con él en casi perfecto dominicano; parecía, como le expresara alguna vez uno de estos oscuros y sorprendidos pimpollos, nacido y criado en aquella isla del encanto.

Por lo general, después de las presentaciones del caso, el peruano era el que las escuchaba con suma atención y siempre le constaba que, entramada entre la zalamería y la coquetería del inicio, aparecía también --de modo casi imperceptible-- la lista de sus más urgentes necesidades: recibo telefónico vencido, remedios para un hijo en el hospital, matrícula de la universidad, un teléfono celular para comunicarse mejor con Juvenal, una joya, un vestido y hasta el encargo de unos panties que tenían que ser necesariamente caros y bonitos. A la mayoría de estas morenas el peruano les quitaba de una vez los pies; pero a otras --por cuestión del deseo y, asimismo, digamos por móviles menos transparentes-- terminaba visitándolas en su casa e invitando pizzas y cervezas a sus familiares. Por lo común éstos eran la madre y otras hermanas y primas, pero también se colaban las amigas de éstas trayendo consigo, no pocas veces, a su numerosa y enredadísima prole. Todos alegres en torno a las pizzas gigantes que, a duras penas y desde muy lejos, había sabido hacer llegar hasta allí el peruano: haciendo equilibrio mortal, en cada hoyo, con la noble motocicleta y, por lo general, bajo un cielo cubierto de truenos y relámpagos.

Muchas de aquellas féminas, eso sí, eran auténticas bellezas deslizándose leves por entre la superficie de la piedra y el lodo. Muy en especial los sábados por la noche en que, usualmente no teniendo a dónde ir, se echaban encima lo mejor de su vestuario --

blusas vaporosas, ceñidos pantalones a la moda, fosforescentes tanguitas-- y se derramaban en apetitoso racimo por el barrio o aparecían, resplandecientes, recortadas en el marco de sus opacas viviendas. Era un espectáculo de apariciones sutiles y efímeras -- de frágil luz contra la terca sombra-- sólo comparable al que ofrece la magia de ciertos caleidoscopios caseros o la inquietante radiación de algunos organismos vivos muy adentro y al fondo de las olas.



“La razón por la que hoy escribo poesía se remonta a los primeros años de la secundaria, cuando --con mi amigo Calín y por las tardes-- leía algunos textos de Vallejo, casi sin entenderlos pero disfrutándolos profundamente y sin comprender bien por qué. Fruto de esas primeras lecturas entendí (y ello significó un dulce descubrimiento) que algo distinto podía hacerse con el lenguaje, que podía dársele a éste un uso que consistía en extraerlo de la cotidianeidad en la que se veía habitualmente envuelto, para llevarlo a un terreno distinto, a un espacio en el que cada palabra, fruto de la articulación con otras, tenía la finalidad de producir belleza. Claro que, por esos años, no lo habría dicho con esas palabras. Estaba convencido de que (y siempre se lo decía a Calín) el lenguaje no sólo servía para comprar galletas en la bodega o insultar al amigo que fallaba el penal en una pichanguita; sino que podía satisfacer ciertas necesidades de expresarse, como hacer arte o para manifestar el amor por una enamorada (todavía recuerdo a Claudia, a quien le escribí varios poemas con tufillo bequeriano). Así, en ese entonces, mi poética (si puede hablarse de poética cuando uno es tan joven) consistía justamente en algo así como intentar liberar al lenguaje de la realidad cotidiana para introducirlo en un espacio distinto, donde las palabras no eran su referente sino otra cosa y todo eso gracias a que existía la metáfora. Para hacer poesía había que desprenderse de lo cotidiano y renunciar a sus objetos. Y creí durante años, hasta que me di de tropezones contra otro descubrimiento, esta vez nada dulce: la relación entre las palabras y las cosas era más profunda y más compleja de lo que creía y no era tan fácil liberar a unas de las otras. Esta búsqueda de un recinto poético aislado en donde colocar a las palabras para que se vuelvan poema no podía terminar sino en un profundo fracaso. *Lo torpe*, mi primer conjunto de poemas publicado, fue justamente un canto de esa frustración, un elogio

satisfecho y feliz de ese fracaso. Torpes las palabras y torpe el poeta, no quedaba, pues, sino buscar otro camino. Y en ese punto de mi vida, la figura de Juvenal Agüero fue esencial, ya que fue él quien me ayudó a ver con claridad algo que ya presentía pero necesitaba escuchar: el camino no era extraer a las palabras de la realidad para hacerlas poema; sino, por el contrario, poetizar esa realidad (de bodegas donde se compran galletas y niños que yerran los penales) a través de la palabra. Cuando un poeta tiene el lirismo clavado en el pálpito mismo del corazón, nada puede ensuciar o quitarle belleza a sus palabras, me enseñó Agüero. Y a eso aspiro hoy: a hacerme de un lirismo que sobreviva incluso a la imagen de una mujer de setenticinco años, vieja y un tanto gorda, arrancándose un uñero sobre un banco pequeño de madera, en la costa norte del Perú; o a un lustrabotas mudo, caminando por el Malecón Maldonado, en Iquitos, de cara al río Amazonas (o a un antiguo brazo suyo). Así, pues, de lo que se trata para mí es de poetizar la realidad, es decir, esta realidad (la del Perú, la de Lima, la de otros departamentos o la de la gente) y no de liberarse de ella para lograr un poema. Y en ello vengo trabajando tanto con el *Tratado de arqueología peruana*, poemario concluido (si puede aplicársele ese adjetivo a un poemario) que espero vea la luz pronto, y con *Nostalgia de los navíos*, conjunto de poemas que algún día se convertirá en un tercer libro, un libro de viajes que más que paisajes busca recoger la voz de los personajes que vienen apareciendo en los poemas”.

Este testimonio pertenece a Roberto Zariquiey, joven poeta limeño, que fue alumno de Juvenal en un curso de *Creación literaria* ofrecido por la Universidad Católica del Perú hace unos años. Pertenece a la que podríamos denominar generación del 2000:

nacidos en plena honda crisis política y económica de los años ochenta, pero pragmáticos; es decir, asidos a sus sentidos y descreídos de discursos y consignas de cualquier tipo. Esto, obviamente, los conminaba a ir a las bases del lenguaje, a rescatar tan manipulado y vapuleado instrumento, a intentar encontrárselas cara a cara con él. Cautos, inteligentes y solitarios, a la generación del 2000 en el Perú les faltaba no tomarse en serio este país; que lo mejor que podrían hacer por él es reírse de sus instituciones, de sus obispados de todo tipo, de los términos mismos en que se convirtió --a ese vasto territorio de mochicas, nazcas o tiahuanacos-- en una sola y desarticulada nación. Sin embargo, así como después del que ama, aquél que es inteligente se salva. Estos muchachos estaban trabajando en ello. Y aunque Juvenal --que no está seguro de nada y que por esto también se sienta a escribir-- no necesariamente rubrique los generosos conceptos de Roberto, se los agradece de manera muy sentida. Tal como si con aquellas palabras se palpase las costillas por un momento y se supiera real, tal como si por ellas realmente existiese.

La conveniencia de introducir un diálogo a estas alturas del relato no debe dilatarse una página más. Es imprescindible figure escrita una conversación, entre dos o más personajes, para que el lector no desespere con la misma cantaleta de la prosa. Idealmente, el coloquio debería entablarse entre gente del llano, aquélla con la cual Juvenal interactúa diariamente. Memorable es el habla dominicana, memorables las personas que la representan, que la montan en ese gran teatro del mundo que es, por ejemplo, el parque Enriquillo o la transitadísima avenida Juan Pablo Duarte no lejos ambos, a su vez, de la concurrida Zona Colonial. Alucinantes diálogos le ha tocado presenciar a Juvenal, succulentos piropos, desproporcionadas y proliferantes disputas por un quítame estas pajas. Agüero ahora mismo piensa comprarse una pequeña grabadora para registrar el habla y, luego, tratar de reproducirla en la casta e indiferente pantalla de su computadora. Mas, por otro lado, piensa también que ésta es una tarea condenada al fracaso. Por lo tanto, el reto de su trabajo no sería el de transcribir sobre la página -- amputando un brazo de más o añadiendo un diente de menos-- el habla cotidiana capturada en su grabadora, sino, más bien, recrearla de una vez y de sopetón para que brote fresca y espontánea, tal como habitualmente figura sobre las musicalizadas calles de aquella hipnotizante república.

Es por este motivo que Juvenal no va a imitar, por ejemplo, el habla de su buen amigo Tony “Bachata”. Sería imposible reproducir las frases de éste y, menos, su acento brotado de las más puras cepas del populoso distrito de Villa Mella. Es mucho mejor que el lector todo se lo imagine. Taxista y camuflado policía, “Bachata” --que es más popular que el síndico de su municipio-- recibe este sobrenombre por ser amigo personal de casi todos los bachateros reconocidos, llámense éstos Anthony Santos, Raulín, Chicho

Severino, Frank Reyes o Félix Cumbé (“el haitianito que canta”). Y porque, además, muchas veces les brinda protección en las concurridas fiestas que se llevan a cabo en los alrededores de la ciudad capital; desde “El Blanco” de Boca Chica hasta una terraza enclavada, por ejemplo, a orillas del acogedor río Yamazá. Muy concurrido éste --especialmente los domingos-- por variopinto tipo de personas. Están allí la voluminosa matrona, atornillada a la orilla, al cuidado de sus bulliciosos críos; la muchacha bella y como suspendida en el aire por la fuerza, al unísono, de incontables y fervorosas miradas; los novios tímidos --y ceremoniosos-- chapoteando junto con todos, y aquellos algo más audaces que toman distancia del grupo --con sus cuerpos forman una sola quilla contra la corriente-- y ávidos se internan entre las rocas grandes, entre los árboles frondosos.

Hubiera sido imposible para Juvenal Agüero familiarizarse siquiera un chin con el mundo de la bachata sino hubiese sido por Tony y su poderoso Nissan color blindado --con los tantos años ya sin pintura-- y poderosamente artillado en la parrilla con una bocina por la que conminaba al respetable a asistir a tanto y cuánto evento bachatero estuviera programado para el fin de semana. Juvenal conoció a este buen amigo dominicano en un colmadón de la cuadra dos de la avenida Bolívar --justo frente al apartamento que alquiló en su segundo viaje-- cuando éste se desmontaba para mirar un momento, por la tele, el béisbol de las grandes ligas. Por el lapso de varios días coincidieron allí y, casi sin darse cuenta, empezaron a conversar sobre béisbol y sobre otros muchísimos asuntos igualmente sin importancia. Tony era un solterón como su amigo peruano. Su pasión era la bachata, esto debe quedar suficientemente subrayado, y en segundo lugar el juego de la lotería. Por más de dos años venía apostando a una misma combinación para intentar sacar, como se dice en buen dominicano, finalmente los

pies del hoyo. La muchacha que trabajaba en la Banca ya lo conocía y le tenía preparado su número incluso antes de que Tony asomara por allí con su sonoro blindado. Por lo demás, “Bachata” vivía con su abuela o, más bien, madre de crianza; menuda mujer de físico, pero vivaz en inteligencia y de carácter muy recio. Absolutamente escéptica, desconfiada de todo, era aquella testarudísima anciana. Sin embargo, después de cuatro viajes a la media isla, a Juvenal le pareció que una persona --con algo de honestidad y, mínimo, dos dedos de frente-- no podía evolucionar de otra manera habiendo transcurrido sus largos días, con sus respectivas isleñas y bienazonadas noches, viviendo en medio de la suculenta, arbitraria y enervante República Dominicana.

## PERUANISMO

El peruano no se casa: Se amarra, se matrisuicida

El peruano no tiene un bebé: Tiene un chibolo tiene su engendro, tiene su ñaño, tiene su wuawua, su calato.

El peruano no dice lisuras: Se le sale el indio, se le sale el llonja

El peruano no te escupe: Te mete pollo

El peruano no vaga: Huevea, hace hora, mata el tiempo

El peruano no tiene zapatos: Tiene tabas, chancabuques, matachanchos, tumba cerro.

El peruano no tiene enamorada: Tiene jerma, costilla, hembrichi, tiene monta, tiene marcación, tiene sucursal

El peruano no come: Traga, jamea, papea, combea, tira richi, tira rancho, quiere merco

El peruano no se pone nervioso: Se friquea, se paltea, se muñequa, está con rochabús

El peruano no te golpea: Te mete combo, te tira lapo, te mete quechi, te maletea, te rellena, te mete tu chiquita, te saca la conche...

El peruano no se olvida tus cosas: Se cierra, te pelotea, te mete cabeza

El peruano no es feo: Esta hasta las huevas, esta en naranja huando, es federal, es un moticuco

El peruano no tiene barriga: Tiene guata

El peruano no te pide un cigarro: Dice toca tu fallo, pasa tu incendio, pásame el cáncer.

El peruano no llora: Chilla, moquea

El peruano no te jura: Te dice a la firme, te dice por mi madre cuñado

La peruana no tiene enamorado: Tiene machete, tiene gil, tiene su gilberto, SU MACHUCA FUERTE, SU MARISCAL, SU MONTANER, su mariachi.

El peruano no es gay: Es cabro, rosquete, chimbombo, brinchi, brita, somos más, brocoli.

El peruano no es tonto: Es monse, cojudo, es gil, es ahuevado

El peruano no visita a su enamorada: Marca tarjeta

El peruano no protesta: Pitea, hace chongo

El peruano no entiende: Computa, manya, cranea

El peruano no se excita: Se arrecha, se pone arriola, se ve con parodi, se pone fierro, se pone ardilla, paraguay.

El peruano no eyacula: Se viene, se le vacean los porongos, se moja.

El peruano no vomita: Vuitrea, se le viene el huaico

CON MUCHO CARÍÑO PARA TODA LA PERUCHADA REGADA POR EL MUNDO

Que viva el Perú !!!.



Según podemos leer en *Trafalgar* de Benito Pérez Galdós, a Juvenal Agüero le ocurrió con Yaella, en esencia, lo mismo que al muchacho gaditano cuando regresó --poco antes de la gran batalla-- a su añorada ciudad natal:

“Durante el periodo más fuerte de mi embriaguez, creo que aquellos tunantes se rieron de mí cuanto les dio la gana; pero una vez que me serené un poco, salí avergonzadísimo de la taberna. Aunque andaba muy difícilmente, quise pasar por mi antigua casa, y vi en la puerta a una mujer andrajosa que freía sangre y tripas. Conmovido en presencia de mi morada natal, no pude contener el llanto, lo cual, visto por aquella mujer sin entrañas, se le figuró burla o estratagema para robarle sus frituras. Tuve, por tanto, que librarme de sus manos con la ligereza de mis pies, dejando para mejor ocasión el desahogo de mis sentimientos”.

Precisamente, el umbral del hogar perdido figuró ser --para el despistado peruano-- encontrarse en su camino con aquella guinda de muchacha esparciendo el aroma de sus muy sabrosos adobos, y cometió el fatal error de mostrarle sus sentimientos. Mas esto no constituía ninguna novedad para Juvenal, antes le había ocurrido en infinidad de ocasiones. Según aquella joven y voluptuosa dominicana, Juvenal pretendía tomar de gratis lo que se debía pagar puntual y cotidianamente. Y el caso es que, para variar, Agüero no tenía tampoco esta vez el dinero requerido. Estaba de sabático en Santo Domingo con su propio peculio. Es decir, una vez que no le renovaron el contrato para enseñar español en la University of North Florida, recaló allí en plan de ahorro y en espera de las convocatorias de trabajo --a través del Modern Languages Association-- que

debían publicarse, como todos los años, desde fines del mes de setiembre y cuya reunión general, recién para diciembre de 2003, se llevaría a cabo en California.

Lo que le ocurrió al profesor peruano en la UNF linda con el misterio. Abnegado instructor y no mal evaluado por sus estudiantes, parecería que cayó regular o bien en el área anglófona del pequeño departamento de Lenguas Extranjeras, pero regular o mal --curiosa y paradójicamente-- en el área hispana del mismo. Sin embargo, cree que éste no es el lugar para juzgar a sus circunstanciales colegas. El asunto es que Juvenal, no sin antes agradecerse sus servicios y recibiendo incluso discretas muestras de amabilidad por parte de los demás profesores, fue simple y llanamente separado de aquella joven y, no menos, pujante institución.

La UNF se ubica en Jacksonville (norte de Florida) y fue fundada en 1973. Recibe ahora mismo estudiantes de muchos lugares de los Estados Unidos e, incluso, de diversas partes del extranjero. Sin embargo, su población principal está constituida por afroamericanos del sur y descendientes de *red necks*, típicos trabajadores blancos del campo en aquella extensa y soleada región. Juvenal transcurrió su año allí en perfecto retiro; es decir, más atento a la Internet que al mundo real de vecinos y colegas. No publicó mucho, con excepción de un ensayo titulado “Desde otra margen: la última poesía española”, ni tampoco se enamoró o se enamoraron de él. No manejaba un coche; por lo tanto, sólo experimentaba con la mitad de la vida que podía ofrecerle aquella vasta y emergente urbe, la más extensa de entre todos los estados de la Unión. Vivió allí la mayor parte del tiempo en Sun Katcher, sencillo complejo de apartamentos muy cerca a su centro de trabajo, atento en pagar algunas deudas --contraídas, aunque becado, después de pasar cinco años estudiando otro doctorado en Boston University-- y en ahorrar un

poco para poder escaparse de allí, por ejemplo a Santo Domingo, y terminar de escribir su nueva novela de auto-ficción intitulada *Un chin de amor*.

El pacto básico para que un extranjero viva en los Estados Unidos es amarrarse el huevo del cuerpo y del alma, piensa Juvenal. Transcurrir los días, necesariamente, sin arrechura y sin la posibilidad de ejercer la crítica quizá allí donde es más necesario hacerla: la vida cotidiana. En Florida todo el mundo es absolutamente conservador o, al menos, esta masa da la pauta de lo que es espiritualmente Jacksonville. Levantarse un *pussy* es un riesgo legal, estético y, sobre todo, económico: está penado por la ley, no son necesariamente las mujeres más bonitas del mundo y cuestan --sobre todo para un humilde profesor como Juvenal-- literalmente un ojo de la cara. El dinero dirige desde el más burdo hasta el más sutil de los tinglados en el país de los McDonal's; acompaña desde la más abyecta a la más humanitaria o desinteresada de las acciones. Sin embargo, y no pocas veces durante su estadía allí, se ha topado también con gente realmente extraordinaria, sobre todo reflexiva y muy generosa. Representantes de lo mejor de la herencia espiritual estadounidense que es el respeto a los demás (incluidos animales y plantas), profundo sentimiento religioso que los mueve a considerar --con sobriedad-- que esta vida no es todo, y un saludable --y siempre oportuno-- finísimo sentido del humor. Claro, el pueblo no es el gobierno, ni las personas la masa; quizá aquí estriben --y no sólo respecto a los Estados Unidos de Norteamérica-- los matices y las diferencias. Por lo demás, a Jacksonville lo rodea un cielo cóncavo, en perpetuo ángulo obtuso, el más abierto que en toda su existencia hubo de dar cobijo a nuestro lateador amigo.

-Vas haciendo el mundo todos los días tal cual te lo enseñaron --como decía don Juan. Y como dijera yo alguna vez: “Aquellos que nos hemos criado a caballazo entre varias culturas sabemos que la realidad no es algo concreto y tangible, sino una materia informe que vamos modelando día a día, como si reconstruyéramos eternamente el jardín del Edén. Entonces, sabiendo que todo es una ilusión elegiré para mí no aquello que supuestamente coincide con mi condición social, sexo y edad, sino lo más hermoso.”

Así escribía yo hace siete años, creyendo en la ilusión loca de mi juventud de aquel entonces, pues a los treinta años aún era una niña, que el dibujo que iba a hacer de mi vida, iba a ser trazado a trazos limpios y firmes, guiados únicamente por mi mano. Pero el dibujo no lo hago sólo yo, participan en él otras personas, cercanas y lejanas, y la sociedad o sociedades circundantes que se interponen con sus propios dibujos, o con su propio dibujo, haciendo lo imposible por agujerear el mío. Entonces hay que tener la fuerza de un titán, oh Dios mío, la fuerza que a veces me falta, para hacer oídos sordos y seguir el camino y el rumbo que nos hemos propuesto trazar.

Porque la sociedad circundante te lo perdona todo: el robo, la traición, el asesinato, menos el hecho de que vivas trazando un dibujo que no es el suyo. Pues entonces sale a relucir que la realidad en la que creen incondicionalmente es tan sólo una ilusión, y la tierra firme que están pisando se torna un lodo pantanoso en el cual pueden hundirse. Entonces, antes de hundirse ellos, utilizan todas las mañas posibles por hundirte a ti, para así poder volver a sentir que lo que pisan es tierra firme, roca de los cerros y no un mar ondulante que no se puede arar ni cosechar.

Cracovia, 1996

Isabel Sabogal --Elka para los amigos, y que viviera un buen tiempo en Cracovia-- es la poeta peruana contemporánea más afín a cierto aspecto muy importante en la propia poética de Juvenal Agüero. Ambos tuvieron, más o menos después de veinte años, oportunidad de reencontrarse en el Cuzco. La ocasión la propició el mismo Juvenal una vez que, desde Lima, la llamó por teléfono a la ciudad imperial anunciándole su viaje por un motivo celebratorio. Se trataba de ofrecer allí un recital en ocasión de los 25 años desde la publicación de su primer poemario, *Sin motivo aparente*. El evento estuvo organizado por la revista *Sieteculebras*, cuyo director es el destacado narrador cuzqueño Mario Guevara Paredes, y se llevó a cabo en el Museo Inka de la Universidad Nacional San Antonio de Abad. Aquella noche Juvenal leyó de *Al filo del reglamento*, antología personal cuyo título ilustra de algún modo su homenaje al canon como, al mismo tiempo, la aventura del lenguaje que para él constituyó siempre escribir.

Aquella noche no hubo suficiente concurrencia al recital del visitante limeño. Un día antes, viernes del pueblo, el respetable había colmado --por no decir abarrotado-- otro auditorio, también cercano a la plaza mayor del Cuzco, para estar presente en la presentación de una nueva novela de Luis Nieto, pujante narrador de moda y miembro de una antigua familia de comprometidos escritores y poetas. Así que, aquel sábado, conforme iba goteando la concurrencia se iban libando también las cajas de vino español Cumbre de Gredos --eficaz, asimismo, para pintarse los labios y la boca-- compradas generosamente para la ocasión. Lo poco que recuerda Juvenal es que, una vez concluido el recital, a una pregunta de si escribía en estado conciente o de trance, respondió que de las dos maneras. Mas, quiso decir también que él creía que esto no debía restringirse sólo a la poesía, sino que de la misma manera habían de escribirse los otros géneros, muy en

particular el del ensayo que, entre nosotros los hispanoamericanos, andaba sediento de magia y capacidad de persuasión.

En fin, a Juvenal se le subieron un poco los tragos --también un chin las pasiones-- y entregó ciertas articuladas y decorosas palabras; pero otras, desarticuladas y un tanto obscenas, no menos las restregó en los oídos del mismo público provinciano --tal como el del Cuzco o el de Santo Domingo-- al que ciertos abominables intereses de la historia de sus estados han hecho incapaz de comprender que no existe sólo una cartilla para rezar el credo, que el espíritu santo no habita sólo en la *Biblia*, sino también, por ejemplo, en *Trilce* o en *El Quijote*. Lo que pasó una vez concluido el recital, sus azarosas postrimerías, es muy difícil de precisar. Solamente recuerda una chingana en la cual, él y algunos de los concurrentes a la lectura, estuvieron chupando hasta altas horas de la noche. Asimismo, nebulosamente, que él le cayó mal a alguien; cree que fue un pintor que no toleraba verse retratado en algún otro: con sus mismas manías, aspavientos y palabras repletas de soberbia. Juvenal, como buen representante de su signo (Piscis), se adaptaba y reflejaba siempre su entorno; en este sentido, su interacción con aquel pintor cuzqueño tampoco fue una excepción. No debemos olvidar que nuestro antihéroe es un actor al cuadrado y, si la situación lo amerita, incluso al cubo. Esta misma novela es una buena prueba de ello. Pero, ¿dónde está entonces realmente Juvenal? ¿En que abertura, en qué repliegue nos topamos con su amnésica, sonámbula o camuflada persona? También recuerda que a poco de iniciarse la borrachera, con buen tino y mejor resolución, se marcharon oportunamente de allí Elka y su esposo, el bueno de Fernando.

Salida Yaella, se colaron por los palos Sileni, Patricia y, por último, Yolanda. Recuerda que nadie, nunca antes, le había mamado la pinga como Sileni, estudiante de publicidad en la UASD y empleada de un concurrido salón de belleza. Fruición y dedicación, cree Juvenal, eran el secreto. Coger el miembro como si siempre hubiera sido suyo; literalmente, cogerlo y levantarlo con alegría como si se estuviera jugando con un niño pequeño. Así era esta morena sobre la cama: ojos quemantes y galanes, más bien pequeña de estatura, pero con unos senos --altos y redondeados-- de mascarón de proa caribeño. Muchacha de veinte años, poseía las virtudes de lo cóncavo y lo convexo de la lengua; un remanso, a veces, y un ritmo y velocidad, otras, de amoladora nueva. Juvenal, como es lógico suponer, ha terminado prendado de ella. El último domingo las llevó, a Sileni y a su hermana, a Boca Chica. Tomaron un taxi desde El Conde y enrumbaron a la más populosa playa de la capital. El taxista era una persona agradable, cobró un precio justo, y se entretuvo con Juvenal que era el que viajaba a su lado; en el asiento posterior iban Sileni, su hermana y la pequeña hija de ésta. Llegados a Boca Chica, con su camarita desechable en mano, el peruano tomó varias fotos a estas auténticas ninfas morenas, bebieron coca colas y unas cervezas y, de un momento a otro, la mano de la muchacha que no sabía nadar estaba bien aferrada de la pichula del limeño; es decir, en sabroso canto piscatorio --y sumergido-- a orillas de aquel extenso mar de postal. Sin embargo, qué sucederá mañana entre Juvenal y Sileni, quizá es muy fácil de predecir. Harto de que se vean tan poco y, sobre todo, no quiera quedarse a dormir con él hasta que no haya matrimonio, nuestro antihéroe optará por buscarse otra muchacha. Por su parte, Sileni, tan bien concentrada en lo que quiere y, según ella, después de otros dos aciagos compromisos, terminará echando también por la borda al indeciso Juvenal.

Querido amigo:

Veo que estás disfrutando de las cálidas brisas tropicales y del merengue apambichado...

Espero que esas intrigas burocrático-académicas, que nunca faltan, se desvanezcan rápidamente. Entre tanto, me parece sabio que aproveches para hacer uno de tus disfrutables trabajos creativos. ¡Lima tiembla!

Mi estancia en Nueva York fue intensa y productiva. Se definieron los criterios para la redacción del libro y ya estoy poniéndome manos a la obra. Lo que más disfruté, tal vez, fueron mis largas visitas al Metropolitan, incluyendo los depósitos y los talleres de conservación.

Ojalá podamos vernos pronto. Yo viajaré a España hacia fines de este mes o comienzos del próximo. Así que, en Madrid, Sevilla o Lima, me gustaría reencontrarme contigo y tratar de componer el mundo como siempre.

Suerte y un gran abrazo

Luis Eduardo

Como consta ya en *Prepucio carmesí*, Juvenal Agüero se jacta y seguirá jactándose por siempre de tener un amigo como Luis Eduardo Wuffarden; contemporáneo suyo, mas indudable maestro de nuestro antihéroe en lo poco que le queda a éste de sensatez y falta de vanidad. Luis Eduardo, además, es hoy por hoy uno de los intelectuales más solventes que tiene el Perú en el campo de la historia del arte. Dueño de una extraordinaria sensibilidad, culto a la investigación y enorme capacidad de trabajo, este queridísimo amigo de Juvenal es en esencia el mismo sencillo y altísimo muchacho que conociera en el patio de Letras de la Universidad Católica del Perú hace



ahora algunas decenas de años atrás. Los une, sobre todo, el gusto por la buena mesa, los bien sazonados chismes y, por ende, también la incontenible y redonda carcajada. Frente a Luis Eduardo el espíritu se disipa, el alma se hace más buena e inteligente. Y es justamente por esto que en sus encuentros --no muy frecuentes, pero hartos entrañables-- se dedican a comer y reír de muy buena gana.

Patricia era perezosa del todo y también de la parte. Se echaba sobre la cama, como una ternera mimada, y esperaba a que el prójimo tomara sobre los hombros las riendas de la faena completa. De humanidad alta y ancha. Era lo que denominaban en la media isla una india clara; es decir, una mujer de pelo bueno, pero con su prietico escondido detrás del lóbulo de cada oreja. Técnicamente, en cuanto a las proporciones en la mezcla de las razas, su caso era semejante al del propio Juvenal, ya que éste lucía fachada de blanco, pero con interiores de mestizo y patio trasero de cobrizo indio andino. Y así como los polos iguales, finalmente, se repelen, lo mismo parece que sucedió entre aquella dominicana y este peruano.

En cambio, las mulatas y las negras siempre atraieron y fueron la debilidad de Juvenal. Durante su adolescencia y juventud, fueron las zambas y mulatas de Lima las que invariablemente le quitaron el sueño. En realidad, en su fuero más íntimo, al peruano le gustaba República Dominicana porque le recordaba el esplendor de aquellas morenas que --a diferencia de las autóctonas-- flameaban vivamente el culo en su populoso vecindario del distrito de Breña. Vivían, como antes se ha descrito de los barrios calientes de sus pares dominicanas, en callejones de los más humildes, siempre aglomerados de gente, y al amparo de un fresco de la Virgen del Carmen o el santo moreno Martín de Porres. En contraste con la familia mestiza de Juvenal --venida a la costa desde diferentes pueblos de la vasta y accidentada sierra del Perú-- aquellas morenas representaron lo muy cercano pero, al mismo tiempo, exótico y remoto que recordar podía. Dicho sea de paso, recordaba también que, por lo general, siempre le había ido bien con estas jebas. Tamaños cuerpos y tamaña entrega de calor, inocencia o dulzura --deslindarlo resulta imposible -- los experimentó desde muy tierno, con la

paralizante sinestesia de la que sólo es capaz un muchacho muy joven, en especial, uno  
viviendo en un barrio casi a oscuras, guiándose tan sólo --ante lo enorme y lo turbio de  
toda aquella vasta urbe-- por aquel gratuito, nítido y tibio resplandor.

## ASODOPICA

No faltan a ninguna de las exposiciones, vienen de dos en dos, de tres en tres, de paquete en paquete. Llegan sedientos, hambrientos, vapuleados por la afanada tarde en petrus, la cafetera, Bariloche, café conde, o sencillamente el parque, donde, tras una búsqueda intensiva logran completar la agenda nocturna: Poeta, usted no sabe si hay alguna actividad esta noche? Ya le he preguntado a par de gente, y no saben!

Cuando no hay actividades se ponen nerviosos, incómodos, y hasta te amenazan si no quieres prestarles para el café, la chatita y el pasaje. A esa gente no se les puede dar ni un centavo, pues darles, aun que sea un chicle, significa cargar con ellos por el resto de los días, y eso, más que un desfalco es un tormento, un suicidio, un atentado contra la decencia.

El Presidente de ASODOPICA: Compañeros lambones, estamos reunidos en esta noche de brindis para celebrar, molestar, y hablar cuanta mierda pueda salir de nuestros intestinos, --Como no tienen cerebro-- pero lo importante es comer y beber gratis, y si es posible manguear una cotorra para seguir la rumba en paco o en el colmadón.

Los tres mandamientos ASODOPICANOS:

- 1- Hacer buenas relaciones con quien sirve los tragos y las picaduras.
- 2- Beber hasta la embriagues y comer hasta hartarse.
- 3- Ligar cualquier sobra para continuar la bemberria.

Que se puede hacer con estos elementos? Son víctimas de la sociedad, de la mala educación, de los caciques de turno, de los ladrones que enriquecen al poderoso y enajenan a las masas desposeídas.

Sí a la liberación mental, no a la esclavitud física!

Juvenal transcribe, puntualmente, de unas hojas sueltas encontradas de casualidad en uno de los asientos públicos de El Conde en Santo Domingo; pasaje peatonal análogo, por ejemplo, al jirón de la Unión, en Lima, o a la calle Florida en pleno centro de Buenos Aires. A esa página continúa otra titulada “El Byron del trópico” y, luego, una siguiente con un manifiesto-poema, “Canto XXX”, que concluye con la sugestiva frase: “El hombre no es lo que tiene: El hombre es lo que no tiene”. Finalmente, el engrapado se cierra con un “Manifiesto Parlsista” que parecería pertenecer al firmante, “Glaem Parls: Escritor erranticista”, sino fuera que nos hallemos, una vez más, en el ámbito de la tomadura de pelo o el pastiche. Sin embargo, tenemos algunas razones para considerar que el susodicho, Glaem Parls, es un sujeto real. En una oportunidad su amigo, Rubén Rivas, se lo señaló a Juvenal desde lejos: moreno, muy alto y un tanto delgado; aunque tampoco habría que descartar una broma de aquél, su buen amigo Rubén, muy dado a la chanza, a los finos juegos de palabras y a la picardía.

En fin, al margen de las posibles atribuciones autorales, sólo cabe ceñirnos a lo que tenemos entre las manos y, a pesar de la ortografía ingrata, alegrarnos de que en la República Dominicana también el humor socave una serie de discursos que pretenden hacerse pasar como su literatura oficial. Y por último, lo único que a Juvenal Agüero se le ocurriría decir, probablemente a entes tan semejantes a sí mismo, es lo que el poeta Pablo Guevara mencionara una noche en ocasión de un recital ofrecido en Lima. Ante una importante asistencia de jóvenes, aquel experimentado escritor invitó a que el *performance* no se consumiera en efímeros fuegos externos, sino --y sobre todo-- que se interiorizara. Semejantes lúcidas palabras, aunque no eran las primeras tratándose de Pablo, conmovieron a Juvenal. Ambos compartían una lectura de poemas allí, en la Feria

del Libro Ricardo Palma de Miraflores; mas, ante Guevara, Agüero se sintió en esa oportunidad muy pequeño, muy agradecidamente pequeño, justo un par de días antes de su primer viaje a España: el inicio de su voluntario peregrinaje y la pérdida absurda de un extraordinario amor, la limeñísima Roxana.

Días aquellos, además, donde José Antonio Mazzotti, actual profesor de Harvard University y --en aquella época también-- polifuncional trabajador de la cultura, grabadora en mano le hiciera la siguiente entrevista:

El poeta Juvenal Agüero acaba de sacar su tercer libro. Pero, más que un tercer libro, *Vía expresa* representa en realidad una despedida. Despedida de un tipo de poesía que él mismo considera superada por el material inédito que tiene en borradores, y despedida del Perú, pues el poeta se dispone a viajar, presto y sigiloso, a las comarcas españolas, donde lo espera una beca y quizá una mujer.

“El viento de manos poderosas/ me empujaba ayer a mi destino/ y a diferencia de los papeles u otras hojas/ que corren en el campo abierto/ terriblemente entendí que debía permanecer/ como la pátina en los marcos de los espejos/ como el polvo que --por frágil-- se aprieta a los escondrijos/ y a su manera dura”. Así dice un poema en el que Agüero muestra una nueva faceta de su escritura.

“Sí --dice Agüero--, siento que con *Vía expresa* cierro un ciclo, el ciclo de un lenguaje donde se oculta todavía mi yo. Ahora, a partir de *Los ayunos*, mi lenguaje es mucho más directo y más claro”.

-¿A qué lo atribuye?, preguntamos.

-A que quizá antes buscaba impresionar a los demás, como cuando uno comienza a escribir en la adolescencia. Buscaba divertir, en el sentido primigenio del término...

Ahora me importa mucho menos el lector. Prima el goce de hacer mi poesía. Eso me da mucha más independencia y libertad...

-¿Libertad con respecto a qué?

-Al medio. Ya no quiero adecuar mi lenguaje al gusto del lector. Ahora siento que puedo conocerme a través de la poesía.

-¿Suscribiría la antigua definición de que la poesía es una forma de conocimiento?

-Sí, pero también es una forma de vinculación con la realidad.

-A estas alturas del oficio poético, ¿qué es ser poeta para ti?

-Es tratar de descifrar un viejo sentimiento: la niñez. Eso es el poeta. Muchas veces lleno de ambigüedad y de misterio.

-Pero también hay poesía que no trata problemas personales. ¿Qué piensas de ella?

-No creo en la poesía impersonal, la que excluye al yo. Mi alejamiento frente al lenguaje del 70 (que no ha llegado a su colofón todavía) es porque --obviando los logros-- tiene estridencias que ocultan a las personas; se volvió retórico. Yo necesito palpar a una persona detrás de las palabras.

-Pero el lirismo no corre acaso el mismo riesgo de retorizarse?

-Es el riesgo primordial. Pero sólo comparto la poesía impersonal que no se ha retorizado.

-¿En qué generación te incluirías?

-Pienso que en la del 75. Pero soy marginal de mi generación.

-¿Marginal?

-Sí. Jamás me agrupé ni frecuenté talleres en la Universidad Católica ni en San Marcos, aunque en un principio me interesó. Cuestiones de carácter y mi intuición me decidieron a seguir solo.

-¿Por qué?

-Mi extracción es popular. Nunca logré integrarme con cierto común denominador de “curiosidad popular” de mis compañeros de la Católica, que asumían esa actitud gozosamente. Y en San Marcos tampoco porque había mucha coacción, que ni siquiera era ideológica, sino retórica. No tenía lugar en ningún sitio. Y después ya me sentía muy viejo para participar en la generación del 80.

-No crees entonces en una poesía de tipo social...

-En absoluto. No me siento vocero de ningún tipo de mesianismo. Siempre entreveo la pendejada en ello, porque siempre hay alguien que es vocero del mesianismo y vive muy bien. Confío más en mis sentidos que en mi inteligencia, y de este modo la poesía es al mismo tiempo un ejercicio de lucidez. La palanca interna que me sirve para espantar la brutalidad y la estupidez en que vivimos inmersos es la sexualidad. El instinto sexual ha sido mi palanca de lucidez. Otros poetas pueden achacarme ser puro o no tener argumentos “a favor” de una causa popular en mi poesía, pero nunca me podrán achacar la falta de erotismo.

-¿Consideras que el poeta no es de alguna manera un adelantado del futuro?

-En los 32 años que vivo intuyo que no me he equivocado en el oficio de ser poeta. Puedo dar un testimonio de gratitud y júbilo de lo que me ha tocado vivir, a pesar de tantas cosas desagradables...

-¿Tú apuestas por el socialismo?



-Totalmente.

-¿Qué expectativas tienes en tu viaje a España?

-Conseguir una buena hembra y ser honesto cada vez más conmigo mismo al escribir.

-Pero para eso no necesitas irte...

Sí. Los barrios en que he vivido, los amigos que he conocido, los paisajes que he visto, por no hablar del Perú entero, que es una entelequia, gozarán también a esa hembra junto conmigo.

-¿Y las peruanas? ¿Por qué no una?

-También puede ser. Pero en 32 años no la he conocido. Quizá no me he atrevido a conocerla.

-¿No hay algo de edípico en tu relación con la mujer a partir de la definición que has dado de ser poeta?

-Seguramente soy muy edípico, y eso me hace conservar cierto sentimiento a veces infantil ante la vida, pero como todo es un proceso sé que deseo que las mujeres no sean mi mamá y tampoco yo deseo ser su papá.

-¿No sientes pena al irte?

-En realidad la pena vendrá después. Ahora tengo muchos deseos de conocer un medio más exigente y más variado, que podría encontrar en Europa. Pero no excluyo volver.

Antes del viaje de Juvenal Agüero, en los primeros días de enero próximo, el poeta puede ser visto y conocido en la presentación de Vía expresa. El poeta dará su último recital en

el Perú por mucho tiempo. Será esta noche a las 7 en La Estación de Barranco (Pedro de Osma 112). Y hasta pronto.

El generoso lector perdonará las grandilocuencias, impertinencias e ingenuidades de parte de Juvenal en esta entrevista. Al que ahora narra no le queda otro recurso que el del más encendido y ajeno rubor. Pero había que ser honestos y ceñirnos a reflejar lo que nuestro antihéroe pensaba en aquella época. Tal cual, la entrevista apareció en *El Diario*, bajo el rótulo de “Poesía es descifrar la niñez”, el 2 de diciembre de 1987. Años turbulentos aquellos y no menos aciagos para el Perú. Apenas su psicólogo se enteró de que Juvenal ganó una beca para estudiar un posgrado de literatura en España, le dijo que su intuición era la que le había movido y guiado para marcharse inmediatamente fuera de su patria. Por lo demás, Agüero ya había perdido a sus padres, vivía en una pensión de Miraflores, pagaba la mitad de lo poco que ganaba --entre sus dos trabajos: uno en la Universidad Católica y el otro en un colegio de su nuevo vecindario-- a dicho psicólogo, y tenía a Roxana: mulata, más alta que él, dulce, por demás inteligente y guapísima.

Sin embargo, quizá lo que más lo impulsó a irse, aparte del desamparo económico, fue la orfandad intelectual en que debía vivir en la Lima de la época. Sin sonoro apellido, anti-pituco y con muy poca vocación para el arribismo, si no se iba sus días estaban ya contados. Imagínense que hasta hoy mismo es un verdadero ninguneado en su propia patria: jamás han publicado sus trabajos en las “mejores” revistas, a sus recitales --cuando por casualidad allí los ofrece-- asisten cuatro gatos, no es amigo de ninguno de los caciques locales de la cultura --ni de los viejos ni de los que ya van tomando la posta--, y el mundo académico, asimismo, sólo a regañadientes lo acepta. Su

clan, su chochería son, por lo general, otros individuos tan inasibles e invisibles como él --a los cuales no conoce personalmente-- que por e-mail le agradecen los ensayos que ha ido publicando en algunos portales de la red. Sujeto invisible, pues, entre otras personas virtuales, ha llegado a considerar que su auténtico hogar es la Internet --de paredes impecables y habitaciones limpiísimas-- y su familia todos aquellos anónimos sujetos. Por otro lado, este individuo de hábitos sucios, culturalmente apegado --por atávica herencia-- al piso de tierra con cuyes, a la basura de las calles y al mar podrido de su ciudad natal vive ahora --en abismal paradoja-- por el cielo, en una onda, en un intermitente pero también futuro, y acaso inevitable, electrocutado resplandor.

Como en los sueños.  
Zumurrub en las calles de El Conde.  
Pedazo de piedra y de bolero.  
Diego, El Cigala, en la voz  
y Bebo Valdez, en los acordes.  
Haitiana de sesenta  
en casi infantil sortija.  
Y en pechos altos y delicados.  
Y en mirada de hada, por más señas.  
Abuela mía e hija mía, a un tiempo.  
Allanamiento para la muerte.  
Ligazón con el más allá. Penas.  
En un médano de El Conde  
donde llegamos un día  
a ser felices.  
Yo y él y un nosotros, vivo,  
aunque casi ya imperceptible.  
Nosotros, el que conmigo va  
y mi corazón extraviados  
en pasaje tan íntimo y estrecho.  
Lo que es soñado en toda una vida, cumplido.  
Lo que es quizá temido, ahora por venir.  
Ambar las calles por el momento

nada nos dicen.

Frente del día ante excitada palmera

hoy por hoy nos alivia.

Lo cumplido que cobrará su alto precio.

A pesar de la dicha.

Que pasa rápido mientras nos colma.

Que parece increíble de tan real.

Que de tan real se marcha

de pronto. Pero no desaparece.

Recapitulando. Como dice María Elena Brett en un ambicioso estudio aún inédito, “Juvenal Agüero, Felipe Montero y Juan Pablo Castel, tres intelectuales divorciados del mundo real”, quizá habría que aceptar que:

“De hecho los tres personajes, en las tres obras [*Prepucio carmesí*, *Aura* y *El túnel*, respectivamente] van en busca de respuestas a su existencia y lo hacen a través de la literatura, de la historia o del arte. En el caso de Juvenal Agüero, éste se diferencia de Felipe Montero y de Juan Pablo Castel en la manera en que, aunque Juvenal quiere buscarle sentido a su existencia, no le tiene miedo a la vida, no le tiene miedo a los cambios, ni a estar solo en algún momento de su vida [...] Todos ellos tienen algo en común, todos han basado su vida en su arte, aunque en el fondo la vean de una manera distinta”

Aunque Cybel Pérez --también, como Brett, aplicada estudiante de la UNF-- en su enjundioso artículo no menos inédito, “Juvenal Agüero y sus mujeres”, y luego de calibrar en detalle a cada una de las muchachas de *Prepucio carmesí*, es mucho más concreta y enfática:

“La función de tener tantas mujeres la vida de Juvenal Agüero es que nos representa la indecisión del joven escritor. El se pasa brincando de mujer en mujer y nunca tiene que tomar una decisión fija para su vida. Al vivir su vida así él no tiene que preocuparse en pensar que si tomó la decisión adecuada. El nunca toma una decisión, vive en el momento y así se mantiene conforme. [...] Juvenal Agüero pasará toda la vida buscando lo intelectual y el amor carnoso. Lleva tantos años viviendo de cierta manera

que se le hará casi imposible cambiar. [...] Pero será feliz, tendrá su literatura y el amor. El amor no es el normal, un amor estable y duradero, pero será el amor que le conviene para poder seguir viviendo la vida que lleva”

Fuere como fuere, el principal defecto de lo que comunican ambos estudios -- centrados en la novela *Prepucio carmesí*-- es que no pudieron tomar en cuenta a Yolanda. En realidad, nada de esto es culpa de aquellas voluntariosas estudiantes porque éste es un hecho espléndidamente reciente. Mejor que su canción es mi Yolanda. Algo previo a la música y también, a su modo, anterior a todas las palabras. Dos años menor que yo y, por lo menos, unos doscientos cincuenta mayor. Por momentos tengo la impresión de estar acostado con mi propia madre, pero sé que no es mi madre porque la tez de Yolanda es más morena y esparce un aroma muy diferente. Tengo la sensación de que a través de ella nazco de nuevo, eso sí. Sus breves y sucesivos gritos me despiertan, la arena gruesa de sus piernas y sus brazos me apagan. Poderosa fruta para morder y para libar, y mirada para jamás quedar desamparado. Mansa de manos y blandísima de corazón. Consecutivos: explosión honda e íntimo fulgor en la más cerrada de las noches.

Santo Domingo, verano de 2003

